A VELLANEDA.

A D. Juan Bautista Alberdi dedica este poéma su amigo y compatriota

EL AUTOR.

AVELLANEDA.

CANTO PRIMERO.

I.

¿ Conoceis esa tierra bendecida
Por la fecunda mano del Creador,
De cuyo vírgen seno sin medida
Fluye como el aroma de la flor
La balsámica esencia de la vida,
Y se palpa su espíritu y su aliento
En la tierra, en la atmósfera, en el viento,
En el cielo, en la luz, en la hermosura
De su varia y magnífica natura ?

Tierra de los naranjos y las flores,
De las selvas y pájaros cantores
Que el Inca poseyera, hermosa joya
De su corona réjia, donde crece
El camote y la rica chirimoya,
Y el naranjero sin cesar florece,
Entre bosques de mirtos y de aromas,
Brindando al gusto sus dorados pomos.
Donde el sacro laurel, ambicionado
Galardon del Poéta y del Soldado,
Al rayo desafía entre la nube
A par del cedro que gallardo sube,
A el *pacará* que al viajador asombra [1]
Cien ginetes cobija con su sombra.
Donde el Zorzal y Ruiseñor, artistas
De ingenua inspiracion sin hondas vistas,
En las serenas tardes de verano,
Cuando reina sin par melancolía
En la natura, el premio soberano
Se disputan del canto y la armonía.

Sus casas son verjeles [2]
Donde habitó la paz y la abundancia
En tiempos mas felices, cuando fieles,
A la costumbre y fé de sus mayores,
O avenidos talvez con su ignorancia,

Vivian sus tranquilos moradores.
Pero hoy ya no es así; de esos hogares
La paz huyó ante la civil contienda
Y quedaron el llanto y los pesares,
De las pasiones víles triste ofrenda.

¡ Cómo admirarla lograreis sin verla,
Ni por bosquejo alguno conocerla
De pluma ó de pincel ! Cuando el Invierno
Con el soplo glacial de sus montañas
Viene el raudal eterno
De vida á amortiguar en sus entrañas,
Una vírgen parece adormecida
Sobre cama de céspedes florida
Con las galas de ayer en torno suyo,
Medio marchitas ya, pero olorosas,
Flamantes y vistosas;—
Duerme y no duerme, sueña;
Oye soñando el plácido murmullo
Del festin y la danza, el alborozo
Del espansivo y hechicero gozo,
Y el recuerdo de todo en la sonrisa
De su plácido rostro se diseña,
Como si el fresco animador volviera
A respirar de perfumada brisa.
Despues la primavera

Con su templado sol y sus rumores,
Su concierto de pájaros cantores
A electrizar sus miembros adormidos
Llega y bañar en lumbre sus sentidos;—
Y la virjen despierta
De su sueño fugaz y se levanta
Radiante de alegria y de frescura
De gracia y de hermosura;
Y á engalanar empieza
Con corona de mirtos y arrayanes
Su espléndida cabeza,
Y su seno con ramos de mil flores
De distintos matices y colores,
Y á perfumarse con esencias puras,
Derramando por montes y llanuras
De su eterna beldad los resplandores:—
Hasta que el sol de la estacion ardiente
Subir hace á su frente
Todo el intenso ardor, toda la vida
Que entre su seno inmaculado anida,
Revistiendo de pompa y de grandeza
Su jóven y magnífica belleza.

Tierra de promision y de renombre
Enjendra en sus entrañas virjinales
Cuanto apetece y necesita el hombre

Para vivir feliz;— en animales,
En frutas y productos tropicales,
En colosal vejetacion.— En vano
El adusto verano
La quema con su sol; el Aconquija
Que entre las nubes fija
La nevada cerviz, de sus raudales
El tesoro derrama y la fecunda,
La baña con sus frígidos alientos
Y sus campos sedientos
De fresca lluvia y de vigor inunda.
Entónce ella de lumbre
Y de brillantes galas revestida,
Bajo la azul techumbre,
Cual magnífico templo se presenta
Del infinito ser que la dió vida
Y su eternal espíritu alimenta.[3]

¡ Cuán bella entónces es ! al pensamiento
Cuánto inspira de luz y arrobamiento !
Cuánto de eterna nutricion le ofrece !
La mirada de Dios bañar pareco
Sus selvas virjinales y sus montes,
Sus campiñas y claros horizontes
Y transformar con su inefable hechizo
Aquella tierra en otro paraiso,

Paraiso de gloria y de esperanza,
De pura, ingotable bienandanza.

¡ Cuán bella entónces es ! cuánto de calma
De aspiracion sublime infunde al alma !
Encantado jardin, valle florido
Del Eden desprendido
Para adornar el argentino suelo;
Sus aires son aromas
Que parece fluir entre azul velo
Del seno de redomas
Inmensas de azahar y de azucena,
De *poleo*, cedron y yerbabuena;—
Brisas que dulcemente
Los sentidos embriagan y la mente
Y el corazon llenando de alegria
Dán alas á la inquieta fantasía.

II.

Pero ah! que en esa tierra
Destinada por Dios para recréo
Del humano deseo,
Para mansion de paz y de ventura,
Treinta años el demonio de la guerra

Sembró sangre, dolor y desventura.
Triste fatalidad! Dios la bendijo
Para entregarla al hombre en patrimonio
Y el hombre en su delirio la maldijo
Poseido del demonio,
Del error y del mal.—De su natura
La rica y rozagante vestidura,
Como inmenso sudario,
Solo cubre el *Osario*
De dos jeneraciones
Diezmadas en la aurora de la vida
Por el plomo y el hierro fratricida
De bárbaras y estúpidas pasiones.
Y llevando la vista
De la natura al hombre,
El corazon se oprime y se contrista
Viendo en la obra infernal de su locura
Soledad y tristura,
Ruinas, vestigios yertos
De su implacable saña, cuyo nombre
Nadie recuerda ya, medio cubiertos,
Cual sepulcro de antiguos moradores,
Por las silvestres plantas y las flores.

« Empero en esa tierra
Que estrago tanto y maravilla encierra,

Aunque tristes derruidos, hay padrones
Gloriosos de los tiempos que pasaron,
Que á las generaciones
De aquellos que con sangre de sus venas
Para bien de la patria los labraron,
Darán lecciones de elocuencia llenas;
Hay manes cuya sombra,
El sueño alguna vez de los tiranos
Con presájios terríficos asombra,
Hay reliquias que el pueblo
Con pavor relijioso acaso nombra.

No siempre en ella el jénio de la guerrra
Sembró devastacion; tambien fecundo
Su espíritu soplando en esa tierra
Hizo brotar los gérmenes de un mundo,
Y al ruido atronador de los cañones
En tropel congregarse los campeones
De la hermosa bandera
Que inauguró en el Plata una nueva Era
De luz y redencion;— y allí Belgrano,
El varon inmortal cuya noble alma
De todas las virtudes participa,
Adiestra á combatir al Tucumano,[5]
Y á manejar el hierro que emancipa.

Y allí vino á la vida Monteagudo,
El de gran corazon é injénio agudo,
Del porvenir apóstol elocuente,
Que entre las pompas del marcial estruendo
Fué desde el Plata hasta el Rimac virtiendo
La fé viva y la lumbre de su mente.[6]
Mas que al jénio, al coraje y á la suerte
Cònfiando su destino,
La bicolor bandera
Lid de vida ó de muerte
Trabó con los pendones castellanos;[7]
Y allí el *sepulcro* está de los *tiranos*
En el *campo de honor*, do el fuego no arde
De los bivaques ya, ni triunfadores
Vivas de guerra el morador escucha,
Ni al son de las trompetas y atambores
Pompas se ven de militar alarde.
De esa tierna brotaron
Los tercios y escuadrones que humillaron
En Tucuman y Salta el altanero
Orgullo del Leon de las Españas,
Y cruzando asperezas y montañas
Mas allá del fatal Desaguadero
Colérico y bramando lo arrojaron:
Y allí el pueblo Argentino á las naciones,
Que ántes siervo lo vieron del Hispano,

Mostrando sus trofeos y blasones
Les dijo, libre soy y soberano.[6]

Mas ay! pronto para ella
De tanta gloria se borró la huella!
Y en sus montes y valles,
Cuyo histórico nombre reverencio,
En sus plazas y calles,
Todo es hoy soledad, todo silencio
Que infunde al corazon tristeza y pasmo.
Pasaron esos dias
De esperanza feliz y de entusiasmo,
De inmensas alegrias;
El poder Español cayó vencido
Y á las pompas y víctores del triunfo
Las lágrimas y el luto sucedieron;
De la discordia el infernal rujido
Y sus campos de sangre se tiñeron,
Hoy solo como helado
De ese suelo fecundo
Parece desprenderse vagabundo
Como un eco jigante del pasado,
Que habla de *patria y libertad* al hombre,
Infunde á su alma inspiracion de gloria
Y las grandes hazañas y el renombre
De aquel tiempo bosqueja su memoria.

Pero ese éco de Mayo
Que al traves de los tiempos como un rayo
De luz y de esperanza
A reanimar del patriotismo alcanza
La fé ya vacilante y la energía,
Es un éco inmortal—la profecía
Perpetua é insondable
Del porvenir magnífico y fecundo
De un pueblo americano sin segundo
En gloria y en desdicha;—es la trompeta
Del ángel redentor que allá en los siglos
Circuido de tinieblas y vestiglos,
Regocijado oyó el género humano,
Y cruzando los mares de repente,
Del viejo continente
El génesis moral del nuevo mundo
Vino á anunciar al génio Americano.
Y asi como en el Plata
Toda una prole oyera,
Allá en los tiempos de memoria grata,
Ese éco grande anunciador de una Era;
Unas y otras sin fin jeneraciones
A oírlo volverán y su doctrina
Se encarnará en robustos corazones,
Y ellos cumpliendo su mision divina,
Como el profeta místico de oriente,

De sus hermanos marcharán al frente,
Mostrándoles en horizonte oscuro
Los claros y serenos resplandores
De la Patria ideal de sus mayores.

III.

Y en la noche callada,
Poseido de fatal melancolía,
Cavilando en la nada
De las obras del hombre,
Un jóven tucumano
Ambicioso de nombre, [10]
Como buscando los escombros tristes
De la que fué morada de Belgrano,
Por el *Campo de honor* el pié movia,
Campo santo teñido
Con la sangre de dos generaciones,
Mártires de la Patria en el olvido,
Monumento de gloria
Del patriotismo heróico y la victoria,
Y al pié de la pirámide de Mayo [11]
Que baña de la luna el místio rayo,
Donde la yerba crece

Y rastro de pié humano no aparece,
Sin querer se detiene;—un sentimiento
Hondo y tenaz el corazon le oprime,
Una idea sublime
Le persigue do quier y lo desvela.
Por ventura aquel eco del pasado
Que vaga entre las ruinas jemebundo
Su jóven corazon ha electrizado,
O acaso en la derruida *Ciudadela*
La corneta sonando, ha removido
De su alma de poéta en lo profundo
Lo pensado, lo ideado, lo sentido ?
Ello es que como rápida corriente
Imájenes, ideas mil pasaron
Por su cabeza ardiente,
Y con el ojo largo tiempo fijo
En aquel monumento,
Rechazando uno y otro pensamiento
Que se agolpa tenaz, para sí dijo:
« En vano nuestra mente enardecida
Quiere sondar las leyes de la vida,
Los misterios del mundo y del Creador,
Y engolfada en oscuro laberinto,
Sin ver nada cual es, claro y distinto
Rastrear en su locura
Despechada procura

De la verdad suprema un resplandor.
En vano de la ciencia
Invoca los oráculos mentidos,
O pide á la esperiencia
El enigma del ser;—de sus sentidos
La claridad se ofusca,
Su razon desfallece bajo el peso
De la duda mortal: en vano busca
Satisfacer su aspiracion sublime
De luz y de verdad, si un muro espeso
De error y de tiniebla la comprime.»
« Qué es el hombre? Do vá? Cuál su destino?
Donde está el hacedor de tantos mundos?
Quién es el suyo? De que ser provino?
De que senos fecundos
Brota el raudal de vida que alimenta
La vida universal y la hermosura
Siempre viva, eternal de la natura?
Porqué la muerte unida
Nace siempre á la vida?
Por qué el mal y el dolor contínuamente
Toda criatura hacen jemir, y eterno,
Cual la vida infinita, omnipotente
Es su imperio infernal sobre la tierra?
Por qué hay mal necesario y los hermanos
Como tigres feroces

Al antojo de barbaros tiranos,
Se despedazan en perpetua guerra?
Por qué si hay Dios omnipotente y sabio
Consiente que abra el hombre
Para quejarse ó blasfemar el labio
En vez de grato bendecir su nombre?
Arcanos! siempre arcanos!
Do quier abismo do se pierde loca
La razon impotente
Y el aliento del alma se sofoca!
No hay, no, felicidad para la mente
Que anhele conocer, ni luz, ni puerto
A su incansable aspiracion abierto».

«Y despues de la mente,
Otro enigma sin nombre,
El corazon del hombre,
Sediento é insaciable
Cual las arenas de la mar, é instable,
Voluble cual las ondas,
Pide felicidad eterna y pura
Sin dejos de dolor ni de amargura;
Y al asir lo que busca, lo que adora
Lleno de fé en un rapto de delirio,
Como humo entre sus manos se evapora,
Dejándole pegado en las entrañas

El ardiente escozor de su martirio.
Ama y desecha necio
Lo que ayer fué á su gusto
De inestimable precio!
Lo bueno, lo ideal, lo bello y justo
Cuanto anhela sediento,
Imagina ó concibe el sentimiento,
Lo apetece, lo goza en esperanza,
Mas nunca lo halla, y siempre lo desea,
Y jamás satisfecho, nunca alcanza
Esa sombra de bien que lo recrea.

«La verdad, la justicia,
El bien, la dicha que el mortal codicia,
¿Entes son producidos
Por los sueños mentidos
De la imaginacion y condenado
Está el hombre á vivir siempre engañado?
Horrible decepcion! Horrible duda!
Solo hay para él una verdad desnuda—
La muerte y el dolor:—pero entre tanto,
De la muerte la vida
Brota y se reproduce sin medida.
Y la muerte alimenta
La vida engendradora que fermenta
En toda la creacion:—luego la muerte

Es la ley de la vida irrevocable.[12]
Y el dolor? El dolor!.... inexorable
Gusano asido á la materia viva
Imposible es que nadie te conciba!

« La vida es un combate
Perpetuo contra el mal que nos circunda,
Misero lidiador el que se abate!
Para sufrir nacimos; ser nos diera,
Nos sacó de la nada el ser increado,
El que es lo que es, el que será lo que era.
Cada ser ó criatura
Incorporada trae en su natura
Su condicion de vida y de existencia,
Su ley de inescrutable Providencia.
La ley del hombre es progresar contino,
Para llegar á incógnito destino,
Y devorando del dolor la angustia
Proseguir su camino
Al traves del caos con alma mústia.
Quién le impuso esa ley irrevocable?
Quién á su imperio crudo
Sometiera su espíritu indomable?—
Se la dió quien lo quiso y quien lo pudo,
Y maldecirla es vano, aborrecerla
Si es fuerza resignado obedecerla:

Fuerza no, sí deber, deber sagrado
Pues que le fuere dado
Al hombre descubrirla y conocerla
Y con libre y veraz conocimiento
De esa ley someterse al cumplimiento.

« Grande es el hombre, sí, pues su flaqueza
Su miseria conoce y su grandeza
Y concibe lo grande y lo ambiciona
Y al deber se somete en pleno juicio,
Al dolor, á la muerte, al sacrificio
Como rey de sí mismo, y se corona.
La humanidad se educa y perfecciona
Progresando sin fin, como sus hijos,
Los hombres y los pueblos, tras prolijos
Años de error y afanes,
De luchas, de tinieblas y huracanes,
Aprenden en su escuela
Si ella como madre les revela,
De Dios, de la creacion, de las verdades
Que el jenio ha descubierto en las edades,
De las leyes del mundo y de la ciencia
Que al abismarse en el no ser los siglos
Van legando á los siglos en herencia.
Y á la luz de su *verbo* los vestigios,
Los errores que ofuscan de la muerte

La aspiracion sublime se evaporan;
Caen á su pié los ídolos que adoran
Los pueblos obcecados de repente;
El hombre ve lo que es; el mal su imperio
Pierde á medida que la mente humana
Creciendo en perfecciones un misterio
Nuevo de la creacion columbra ufana;
El bien nace do el mal solo estendia
Su noche de dolor y de agonia,
Y el hombre recibiendo el don divino
Lo bendice y se goza, porque alcanza
A ver en misteriosa lontananza
El enigma ideal de su destino,
La tierra prometida á su esperanza.

« Perspectiva sublime !
Consoladora idea,
Que el ánimo redime
De desesperacion, y la tarea
Llevadera nos hace, y la fatiga
De la carne mitiga !
Idea cuyos bellos resplandores
Como hoy entre tinieblas la diviso,
Columbraron quizá nuestros mayores
Cuando aqui en esta tierra que yo piso,
La semilla feraz del bien plantaron

Y con la sangre suya la regaron.
Reinar, confusos como yo ellos vieron
El mal en rededor, la tiranía,
Y su poder jigante no temieron
Porque tuvieron fé, porque quisieron,
Dando la vida suya en sacrificio,
Dejarnos de una Patria el beneficio.
Su obra efímera fué y aquestas ruinas,
Donde crece la yerba y las espinas,
Atestiguando están que otros tiranos
La obra pulverizaron de sus manos.
Bien de Moreno el grande lo decia
La veraz pero infausta profesia! [13]
Mas su bárbara saña no ha podido
Borrar de nuestra historia
El rastro de lo grande
Que su jigante genio ha producido;
Ni condenar á olvido su memoria!
Y tú aunque humilde, solitario y mudo
Ante mí de pié estás ¡oh monumento!
Para infundirnos varonil aliento.
De los héroes de Mayo siempre hablamos
Y sus altas virtudes enseñamos.
Pirámide inmortal! Yo te saludo:
Yo que allá en mis niñeces
Mezclado tantas veces

Al vívido murmullo
De armas, pueblo, soldados y atambores
Salté regocigado en torno tuyo,
Vivas dando á la patria triunfadores
Con infantil orgullo;—
Hoy á pedirte solitario y triste
Vengo en hora sombria
La inspiracion vivaz y la enerjia
De las grandes acciones,
O á lo menos un rayo
Del jenio de los ínclitos varones
Que enjendraron á Mayo
Y estamparon con hierro independiente
Su dogma salvador sobre tu frente,
Para que hablando siempre á la memoria
De sus jeneraciones les marcase
La senda del deber y de la gloria.
Pirámide inmortal, yo te saludo
A nombre de Belgrano y Monteagudo.

«Pero ah! la Patria libre
Que en hora de fortuna
Sacará de la nada
Su soplo enjendrador,
Esclava es nuevamente
De bárbaros tiranos,

Que llevan sobre tumbas
La ensaña del error. »

« Un bando de egoistas
La puso en almoneda,
Despues de ensangrentarla
Por ambicion vulgar;
Y para escarnio suyo
Un idólo monstruoso,
Sin jénio ni virtudes,
Pusieron en su altar.

« El pueblo era ignorante,
Los viles le engañaron
De sus pasiones malas
Cebando la embriaguez;
Y el pueblo se hizo esclavo
De los tiranos mismos,
Que ajaron de su nombre
La hermosa brillantéz.

« Los padres de la Patria
Proscriptos, sin amparo
O de dolor murieron,
O al filo del puñal;
Llorando su destino,
De su obra renegando,

Del despotismo viendo
La exaltacion brutal.

« Pero su voz nos llama,
Su voz desde la tumba
A nosotros sus hijos
Nos dice — «despertad;
« Para que pueblos haya,
« Preciso es que haya mártires
« Que luchen y sucumban
« Por la fraternidad.»

IV.

Abrumado aquel jóven, entre tanto,
De cansancio y vijilia
Sobre la grama se reclina un tanto,
Al pie de aquel humilde monumento
Emblema de un grandioso pensamiento;
Y brotando del pecho enternecido
El recuerdo querido
De sus hijos, su esposa y su familia
Viene á asaltar su acalorada mente,
Y á doblar la funesta incertidumbre
Que ajitado le trae continuamente.

El astro de Endimion claro y sereno,
Como lámpara inmensa de topacio
Suspendida de Dios en el palacio,
Resplandecia lleno
En el azul espacio;
Los insectos hablaban en su idioma,
Y la nocturna brisa,
Perfumada de esencias
De azahar y de aroma,
Se mecia en sus alas con dulzura
Derramando balsámica frescura;
Y embriagado por ellas ó adormido
Quedó el cuerpo del jóven y el sentido.
Entónces como en sueño parecióle
Ver alzarse las sombras de Belgrano,
Monteagudo, Balcarce y otros héroes
Que ilustraron el nombre tucumano,
Y en sus valles dejaron y montañas
La huella varonil de sus hazañas:
Y despues parecióle
Ver la Patria querida,
Libre y feliz, sobre su jóven frente
Acercarse á poner agradecida
Una corona de laurel lucida:
Y despues como henchido y palpitante
Sintió en su pecho aliento de gigante,

Y oyó, como llevados por los vientos,
Cruzar estos fatídicos acentos,
Quizá ecos del pasado ó profecías
Del porvenir gloriosas y sombrías:

Alma noble despierta
Del juvenil letargo,
La tierra está cubierta
De sombras para tí;
Del bien y de la vida
La lumbre no está léjos
Que buscas poseído
De ansioso frenesí.

Despierta y toma el vuelo,
Erguida y temeraria,
Por la region del mundo
Como águila réal;
La realidad te llama,
Te brinda tus tesoros;
El aire que respiras
Es para tí mortal.

La vida es corto viaje,
¡ Cuitado el peregrino,
Que falto de coraje
Se echa pronto á dormir !

De los ignotos mundos
Para él las maravillas
No son, ni los profundos
Arcanos del vivir.

Coraje, pues, y marcha
Si quieres ser dichosa,
Si anhelas de tus sueños
La realidad palpar;
Si el bien amas de veras
Y á realizarlo aspiras,
Si quieres la potencia
De tu ambicion probar.

La gloria te reserva
Laureles inmortales
Que del cobarde nunca
La sien coronarán:
Ya suenan los clarines,
A conquistarlos corre
En la sangrienta arena
Do vivos brotarán.

Belgrano, Monteagudo,
Los héroes de tu Patria
Te marcan el sendero
De la inmortalidad;

La tirania intrusa,
Robando sus conquistas,
Pide nuevos campeones
Para la libertad.

Ya vino el nuevo Mayo:
Libertadoras lanzas
Se templarán al rayo
De su brillante sol;
Y el hierro enmohecido
Descolgarán los héroes
Cuyo pujante brazo
Dió grima al español.

Alma noble, despierta!
La gloria te convida,
La Patria desdichada
Te impone ese deber:
De sangre ya están tintos
El Paraná y el Plata,
De sangre que el tirano
Feroz hizo correr.

Coraje, pues, y marcha
Si quieres ser dichosa,
Si anhelas de tus sueños
La realidad palpar;

Si el bien amas deveras
Y á realizarlo aspiras,
Si quieres la potencia
De tu ambicion probar.

V.

Y despertando el jóven de repente,
Como armado de fuerza omnipotente
Sintió su corazon; la incertidumbre,
Las cavilosas ansias de su mente
Huyeron cual vapor ante la lumbre
De alta revelacion, y á su caballo
Clavando las espuelas,
Despareció cual rayo
De aquel campo tristísimo de gloria
Para el alma fecundo y la memoria.

Allí el éco jigante del pasado
Habia en sus entrañas resonado;
Y el ayer jóven de existencia oscura,
Sin nombre ni prestijio,
Se levantó jigante en estatura
Para dejar de gloria hondo vestijio;
Y su potente voz, reproduciendo

El éco animador, en las entrañas
Retumbó de los cerros y montañas,
Como trompa de alarma y de combate
Desde Jujuy á la Rioja y Sinsacate.[15]

Y el pueblo tucumano estremecido
El éco grande y redentor ha oido.
¿No lo veis como en Mayo
Arder todo en espíritu guerrero,
Y calentar al rayo
De la fragua el acero,
Y preparar bridones
Y lanzas y fusiles y cañones?
¿Por qué se vuelve á armar? es que la guerra
Civil tala otra vez su hermosa tierra?
¿Es que otra vez la estraña tirania,
Triunfante como un dia,
Vuelve el *sepulcro* á hollar de los tiranos,
Y removiendo su sangriento lodo
Temeraria procura
Se lo labren los hierros tucumanos
Junto al osario del soberbio godo?
No, no; pero en el Plata,
Dominador y fuerte y orgulloso,
Un tirano monstruoso
Sobre monton de craneos de patriotas

El bárbaro pendon del egoismo
Sacrílego levanta; el pendon mismo
Que ante el fulgente rayo
De los soles de Mayo
El polvo agonizando allí mordiera;
El que con saña fiera
Pasearon los anárquicos caudillos,
Como plaga infernal por las ciudades
Donde el jérmen de Mayo produjera
Luz, progreso, prestijio y libertades
Y ambicionando el cetro y el dominio
Arrancando á los godos visoreyes,
Ese intruso tirano,
Conculcador de las patricias leyes,
Su dogma de barbarie y de esterminio
Desde el Plata á los Andes
Pretende propagar torciendo insano
De un pueblo heróico los destinos grandes.

Pero campeon primero
De la honra y libertad del Argentino,
El pueblo Correntino
En la arena se lanza,
A contrastar la bárbara pujanza
Del tirano feroz con su heroismo,
Oponiendo á la fiera

Enseña de terror y barbarismo,
La gloriosa bandera,
De Salta y de Maipú; y en Pagolargo,
Nombre fatal y de recuerdo amargo,[16]
La sangre correntina corre á rios
Bajo el cuchillo atroz de sus sayones,
Sin que perdiendo los heróicos brios
Desmayen tan robustos corazones.
Chascomus en seguida
Vé á la bandera de la Patria erguida
Cáer á manos de traicion odiosa
Entre lagos de sangre generosa.[17]
Mas luego, la legion Libertadora
En el Yeruá la planta vencedora;[18]
Y Corrientes, batiendo
Las palmas con estruendo,
Otra vez la saluda;
Las cadenas rompiendo
Para emprender la lucha brazo á brazo,
Cayendo y levantando como Antéo,
Con el feroz demonio que quisiera
Cercenar su cabeza de un hachazo,
Para hacer de ella espléndido troféo.
Y en Don Cristóval de feliz memoria,
Entre sus mismas lanzas y cañones,
Presajiando á su patria la victoria,

Vieron despues flameando esa bandera,
Conturbando las bárbaras lejiones.
Y héla tambien, sobre la cana frente
Que en las nubes esconde el Aconquija
Como en Julio mostrar de sus colores
Los blancos y celestes resplandores;
Y á la potente voz de Avellaneda,
Cuya mirada lo profundo abarca,
Tucuman y la Rioja y Catamarca
Y Salta con Jujuí, ya en torno suyo
Agolparse con júbilo y murmullo,
Para oponer, unidos como hermanos,
Al pendon federal y los villanos
Que sostienen su inicuo poderio
En Santiago y en Córdova y en Cuyo,
El hiero destructor de los tiranos.

De pié en el Norte está la liga santa,
Para salvar la patria de Belgrano
De tanto mónstruo y de desdicha tanta,
Y á su frente el gran pueblo Tucumano,
De pié está y formidable. Avellaneda,
Que el patriotismo y la virtud hereda
De los héroes de Mayo,
La inspira y la calienta con el rayo
De su elocuencia, espíritu y bravura.—

Veinte y cinco años cuenta
El jóven Tucumano, y su figura
Descuella sobre todas,
Como el *Tarco* descuella en estatura
De su patria en las selvas; la potencia
Dióle Dios de robusta inteligencia,
Voluntad eficaz, jenio y audacia
Para elevarse al mando de repente
Y á todos imponer por su ascendiente.
A par de otros ilustres en renombre,
Querido ya es y popular su nombre,
Porque la luz divina
Que el jenio esparce en rededor fascina,
Subyuga sin querer los corazones,
Cuando en hora oportuna apareciendo
Sabe herir en lo vivo las pasiones
Que están opresas en su seno hirviendo.
Su estatura arrogante, aunque pequeña,
En los grandes concursos se diseña
Por el rostro lampiño y la ancha frente,
El ojo grande y la mirada ardiente;
El arco de su pecho fortaleza
Revela varonil, y su cabeza,
Poblada de cabellos renegridos,
Honda penetracion y pensamientos
Que en tumulto se ajitan combatidos

Por choque de contrarios elementos;
Su nariz aguileña el aire aspira
Con anhelante ardor, mientras su labio
Grueso, elocuencia y persuacion respira,
Cuando sereno y grave en él asoma
Solo el consejo y la razon del sabio
O de negocios árduos el idioma.

Tal es Avellaneda, alma potente
De la liga del Norte, á cuyo impulso
Los jefes se conmueven, obediente,
Entusiasta, convulso,
De Catamarca el pueblo y el Riojano,
El de Salta y Jujuy y el Tucumano,
Hierve, corre y armado se levanta
Para lidiar con fé en la guerra santa.
Acha, el jóven terrible cual su nombre,
Madrid, el incansable veterano.
De los heróicos tiempos de Belgrano,
Pedernera, soldado de renombre;
El Chacho, de la Rioja audaz *llanero*,
Lo llevan al combate, atravesando
Rios y montes y el terror sembrando,
Donde relumbra su temible acero.
No hay armas ni dinero
Pero soldados sí para la guerra,

Almas de temple estoico
Y patriótismo heroico;
Y el plomo, el hierro de labrar la tierra,
El de templos y hogares
Muy luego en proyectiles
Se trasforman y lanzas;
Y la miseria misma, varoniles
Animos produciendo,
Patriotas y soldados á millares
Hace trotar contra el tirano horrendo.

En vano, rico en infernales tramas
A los patriotas dividir procuras
Que honra y escudo son del Argentino;
En vano el oro ¡ Oh vándolo ! derramas
Robado al pueblo mismo
Que se postra á adorarte,
Y al veneno, al puñal del asesino
Acudes y al terror para salvarte:
Armas dignas de ti, pero impotentes
Son para el patriotismo,
Esas que usa tu bárbaro egoismo.
Ya Córdoba de pié, tomando alientos,
Grito libertador lanzó á los vientos,
Y abrazando á Madrid y sus tucumanos
Selló el pacto feliz con sus hermanos.[19]

Ya en el sauce el cañon de la batalla
Te anuncia que tremendo
Cerca de tí el estruendo
Del trueno libre y vengador estalla.[20]

Desde Córdoba á Salta y Famatina
Arde todo el país; do quier el hierro,
Que al castigo de vándalos destina,
Libre se afila al pedernal del cerro
Como en tiempos de Mayo; do quier zumba
El plomo del fusil, y jigantesco
El grito *Patria* y *Libertad* retumba
Por los floridos valles y montañas
Que vieron de sus hijos las hazañas.
De una jóven cabeza
Por el jénio inspirada de la patria,
Preñada de terrífica grandeza,
Brota la chispa del voraz incendio
Que raudales de sangre generosa
Solo apagar podrán.... sangre de hermanos!
« ¡Oh Dios! ¿Por qué ominosa
« Como plaga infernal, siempre en la tierra
« La discordia y la guerra?
« ¿Por qué caudillos hay, porque hay tiranos
« Cuyo infausto poder, cuyo egoismo
« Convierten en infierno

« La mansion bella que tú diste al hombre
« Para dichoso bendecir tu nombre ?
« ¿ Por qué el mal es eterno,
« Y el jenio, la virtud y el patriotismo
« Contra su férrea potestad se estrellan ?
« Porqué no llegan nunca
« Las terrestres plegarias á tu oido,
« Y las generaciones
« Ante tu trono helado se querellan
« Con eternal jemido ?
« ¿ Por qué libres, dichosas las naciones
« No son, y su destino es un problema ?
« ¡ Qué ley pesa sobre ellas ! ¡ qué anatema ! »

Esto, animado de heroismo santo,
Presintiendo quizá fatal destino,
Piensa y revuelve Avellaneda, en tanto,
Que el fuego de su espíritu divino
Circula de su patria en las entrañas
Acciones grandes produciendo estrañas;
En tanto que del éxito insegura
Su fé vacila, entre tinieblas, pura,
Y su noble alma herida se subleva
Ante la sangre y lágrimas que lleva
La guerra en pos de sí, ante los dolores,
Que en su patria querida,
Vencidos sembrarán y vencedores.

VI.

Entre tanto ¿ no veis ? de Buenos Aires
En los campos del Norte, ya altanera,
Burlando de la suerte los desaires
La gloriosa bandera
De los libertadores
Despliega sus simpáticos colores.
¿ Qué será del tirano,
Imborrable baldon del Argentino,
Si el pueblo se alza á sacudir el yugo ?
En vano su cabeza de asesino
Querrá sustraer á el hacha del verdugo.
¡ Pero ah ! que la ciudad grande en la historia
De tantos héroes y patriotas cuna,
Perdiendo la memoria
De lo que fuera en horas de fortuna,
De lepra de egoismo carcomida,
Pasmada de terror, casi sin vida,
Brio no tiene en las heladas venas
Para romper de un soplo sus cadenas;
Y á sus hermanos libres y altaneros
Vé alejarse con ojos de cadáver
Destinado á los buitres carniceros.

¡ Mísera Buenos Aires ! cuán menguado
Destino te ha tocado !
¡ Cuán bajo, Buenos Aires, has caido !
Ayer reina del Plata
Te proclamaba el mundo,
Hoy de tirano inmundo
Eres la esclava vil. ¡ Oh cuán ingrata
La estrella tuya ha sido !
¡ Qué mengua para tí, pueblo argentino !
¡ Romper audaz el cétro de los reyes,
Que acataste tres siglos por divino,
Para morder despues cual potro fiero
El freno de oro de tus propias leyes,
Y delirando insano,
Postrado de fatiga
Dóblar la espalda al látigo villano
De un oscuro y cobarde ganadero !
¡ Qué méngua para tí, pueblo argentino !
De la burla de innobles corazones
Gangrenados de lepra y de inmundicia,
Y consentir que escupan tus blasones
Y que la vieja Europa
Bárbaro te apllide con justicia !
Qué mengua para tí ! pasar primero
De esclavo á rey para sufrir que un dia
Un tirano sin nombre ni valia

De tu sien la corona arrebatase
Y como vil gusano te pisase !

Pero ah ! de tu mal hado
No fuera ese el funesto resultado.
Para los pueblos grandes no hay destino
Fatal y necesario; no, en la historia
Hondo rastro dejando, ancho camino
Ellos se trazan de grandeza y gloria.—
Mal que pese á tu orgullo
(No te quiero adular) hijo es el tuyo
De tu ciega ignorancia y egoismo.
Se heló en tu corazon el patriotismo;
Porque mas que á la patria, los placeres,
El oro idolatraste,— y esclavo eres
De cuerpo y de alma,—adorador villano
De otro Midas bestial, cuando pudiste
Aniquilar de un soplo á tu tirano
Y volver á ser pueblo como fuiste.

Llora, pueblo, ¿ no ves ? del Quebrachito
En los desiertos campos
Yace postrado el lábaro bendito,
La bandera inmortal que en tu agonia
Redencion, nueva vida te traia.
Llora pueblo por tí; ya los bridones
De sus nobles campeones,

Soplo aspirando de inflamados vientos,
Doblaron la rodilla allí sedientos;
Y azorados los vieron las lejiones
Del tirano lidiar, con alma fuerte
Desafiando al destino y á la muerte.
Los que no caen al golpe de la lanza
Los degüella el cuchido inexorable,
Y do quier la venganza
Acosa á los dispersos implacable.
Córdoba, libre ayer y todavia
Convulsa, palpitante de alegría,
Con corazon de sobresalto lleno
Los recibe en su seno,
Para entregar despues, en convulsiones,
El noble cuello al bárbaro cuchillo
Del verdugo caudillo,
Y sus hembras, y su oro á sus sayones.

El ejército libre se retira
Desecho y en desorden,
Y las esclavas huestes
Que acaudilla el precito
En la sierra de Córdoba aparecen,
Todo entonce es conflito.
Los pueblos de la liga se estremecen
Heridos de estupor como si viesen

Horda inmensa de crímenes preñada
Por el infierno mismo vomitada.
Pero á la voz impávida y severa
De Avellaneda, Cubas, Pedernera;
Al májico prestijio de Lavalle,
De Salas, Acha, Lamadrid y el Chacho,[22]
Recobrando su indómita enerjía,
Corren á reparar con bizarría
El desastre ominoso del Quebracho.

Pero ¡ ah ! que divididos por montes y desiertos,
Sin oro ni recursos, sin unidad de accion,
No bastan á salvarlos del enemigo fuerte
Ni indómita bravura, ni heróica abnegacion.

En San-Calá dormidos para morir sin gloria
El silbo los despierta del plomo federal:[23]
Allí sucumbe Rico como tambien Gijena,
Con muchos de sus bravos á lanza y á puñal !

Y su cabeza noble sobre picota infame
El sanguinario seide de la brutalidad,
Clavar hace en la plaza do electrizando á Córdoba
Gritó con voz de trueno: ¡ viva la libertad !

La Rioja que nutriera del *tigre de los llanos*
La bárbara, la fiera, la horrible intrepidez;[24]

La Rioja, libre ahora, da asilo á los que llegan
Desnudos refiriendo de San-Calá el revés.

Allí con sus cuyanos alarde otra vez hace
El apóstata fraile de su impiedad feróz,
Y encuentra su deleite en ver de los rendid os
La convulsiva muerte tras el martirio atróz.

En Tucuman, en tanto, la liga reconcentra
Para cobrar alientos sus fuerzas y poder,
Como leon batido por carniceros dogos
Indómito y luchando suele retroceder.

¿Baluarte de la Patria como en los tiempos mayos,
Sepulcro de tiranos á ser va Tucuman?
¿Lo aclamará ella libre, ó mártir de sus dogmas
Los pueblos argentinos llorarlo deberán?

Dios sabe de su suerte: ello es que en la palestra
Donde destinos grandes á decidirse van,
Confiando en su derecho, de pié como un solo hombre
Sublime de heroismo provoca al huracan.

Avellaneda es su alma, su pensamiento vivo,
Su patriotismo puro, su santa inspiracion:
Su jénio reconcentra la aspiracion de Patria,
Los dogmas y esperanzas de una generacion.

CANTO SEGUNDO.

I.

La ciudad placentera
De la gótica ciencia y los doctores,
Córdoba la altanera,
Por mano del verdugo
Que á Rosas marcar plugo
Para la obra infernal de su deseo,
Ha sufrido el martirio y el saqueo.
Rebelde ha poco, por la vez primera
A su antigna bandera
De bárbaro y local federalismo,
Ha pagado ese crímen con usura
Bajo el golpe mortal del hierro mismo

Del ídolo que hiciera en sú locura.
Y ahi le teneis postrada,
Examine y callada
Al pié de los sayones
De rojizas libreas y pendones.
Las calles como nunca están desiertas,
Han huido sus mejores ciudadanos,
Lloran sus hembras, por horrible gala
En su plaza se ven cabezas yertas;
Y de toda ella como de un sepulcro
Un olor cadáverico se exhala
Que en veneno la atmosfera convierte,
Y al caminante anuncia
Del patriotismo cordobes la muerte.

Entanto su verdugo, el fiero jefe
De las huestes de Rosas
Desde la Cruz del Eje [1]
A Tucuman otéa
Como buitre voraz, y sus miradas
Echa desalentadas
Tambien sobre los llanos de La Rioja,
Donde Acha con un grupo de valientes
Sobre el cuyano ejército se arroja,
Lo aterra, lo deslumbra y como un rayo
Lo hiende con su lanza y su caballo. [2]

La alma feroz del oriental caudillo
Ha comenzado ya de sus rencores
La hambre á saciar por medio del cuchillo,
Degollando inocentes moradores.
No ha olvidado que allí entre los contrarios
Los proscriptos estan que combatieron
En su patria contra él, y á derribarlo
Del supremo poder contribuyeron;
Y ébrio de sangre ya, vengar intenta
Los implacables odios que alimenta
Cubriendo de cadáveres y duelo
El que no puede amar, estraño suelo.

Y ahí lo teneis, escuálido, amarillo
Por el gusano roedor chupado
Que nace en la conciencia del malvado,
Semejante al fantasma de la muerte
Pasando su guadaña ó su cuchillo
Por la tierra argentina
Y haciendo de ella un páramo de ruina.
Su deleite esquisito
Es oir de las víctimas el grito
Y sonriendo mirar sus convulsiones,
Y sarcasmos decir cuando en la garra
Forcejean brutal de sus sayones.
Pero ah ! de cada víctima inocente

Cae en su impio seno
Una gota de sangre
Convertida en veneno
Y se lo quema como pez ardiente,
Y en esqueleto horrible
De carnívora hiena lo transforma
Borrando de su faz la humana forma:
Y al ver aquel fantasma del infierno,
Heridas de terror las poblaciones,
Lanzan un grito de dolor eterno
Preñado de estupendas maldiciones.

Y ahi lo teneis desde la Cruz del Eje
Acechando voraz la rica presa
De carne de argentinos
Que á su augusto señor y Soberano
Regalar le interesa
Para alcanzar el premio de su mano.
Mientras Madrid camina
Con dos mil tucumanos y salteños
En busca de Lavalle á Famatina[3]
Para invadir á Cuyo, y solo queda,
Confiando en su destino y su bravura,
Tucuman con su heróico Avellaneda,
Quien en hora fatal ha recibido
Del supremo poder la investidura,

Empeñando por santo juraramento
Nuevamente á su Patria
Brazo, vida, fortuna y pensamiento.

II.

Amanece; la cumbre
Del nevado Aconquija[4]
Asoma á la vislumbre
De una aurora de Mayo,
Y al traves de los de diáfanos vapores
Que la atmósfera empañan
Reproduce del prisma los colores.
Como aereo palacio
De nieve y de topacio,
El pico colosal del cano monte,
Cortado y suspendido,
A veces se dibuja al horizonte;
Otras veces circuido
De diadema flamante
Diverso aspecto toma,
Remedando á un jigante
De blanquisca melena
Que la cabeza asoma

Entre la nube, y con asombro mira
La sanguinosa, terrenal arena.

La media luz, en tanto,
Del crepúsculo baña,
Los flancos en redor de la montaña,
Y como blanca espuma
Deja entrever el manto
De nieve que la cubre,
Y una que otra cabaña
Pajiza aparecer entre la bruma
De los cerros y faldas
Que al venir la lujosa primavera
Le visten de guirnaldas
De flores y arrayan. Naturaleza,
Del sol con la venida
A despertar empieza
Del sueño de la noche conmovida;
Los pájaros sus nidos
Dejan soltando armónicos quejidos;
Las manadas relinchan ó retozan,
Los animales todos se alborozan
Mezclando la espresion del gozo suyo
Al sonoro murmullo
De las limpias cascadas y torrentes
Que buscan de los valles las vertientes,

Para dar á una voz la bienvenida
Al astro de la lumbre y de la vida.
Naturaleza yerta
De frio se despierta
Y palpitar se siente
Ante el rayo solar, y su alegria,
Brotando de repente,
En concierto se funde de armonia.

Y en esa hora tan bella, en la Esplanada
De campestre morada,
Sita sobre una cuesta
Del Tafí, hijo pigmeo
Del monte jiganteo
Cuya nevada cresta
Suavemente ilumina
La lumbre matutina,
Ajitacion estraña
Se nota bulliciosa;
Y do quier la tristeza
Como jimiendo asoma la cabeza,
Alli como en el rancho ó la cabaña
Del peon menesterosa.
En la entrada hay un coche y postillones
Y ensillados bridones,
Y escolta de soldadados

A marchar preparados:
Todo aquel aparato una partida
Anuncia y una triste despedida.

Penetrando, entre tanto, en una sala
De la mansion aquella,
Paseàndose por ella
A lo largo y con pausa, se descubre
A un jóven y á un anciano;
Y en un sofá sentada
A una mujer de pelo renegrido,
Cuya siniestra mano
Con pañuelo de holan su seno encubre;
Al paso que dos niños
Sobre su muelle falda reclinados
Buscan como jimiendo la mirada
De la madre que esquiva sus cariños.
Aquella mujer llora, pero oculta
Sus lágrimas talvez, porque prefiere
Sola sufrir, y de los que ama tanto
Herir con ellas el amor no quiere.
El jóven y el anciano hablan, en tanto,
De Patria y libertad con ardor santo,
De Mayo y su magnifico, programa
Y deteniendo el paso, el viejo esclama:

La causa de Patria está perdida.
Esta guerra fatal, la poca vida
Que ha quedado á los pueblos miserables
Va á consumir, en las feroces manos
Sin aliento caerán de sus tiranos

EL JÓVEN.

Treinta años ha que dura,
Que ensangrienta y devora nuestra tierra
Esta implacable y fratricida guerra;
Ustedes, padre mio, la empezaron
Cuando una patria libre ambicionaron,
Y en leyes de razon y de justicia
Quisieron, combatiendo, cimentarla;
Nuestro triste deber es continuarla,
Mientras la fuerza bruta y la injusticia,
El error, la ignorancia y los tiranos
Quieran, reinando, aniquilar insanos
El principio del bien santo y fecundo
Que Dios, la humanidad para su dicha
Regalaron en Mayo al Nuevo Mundo.
Pero guerra fatal y necesaria
De la causa del bien y su contraria
Del insociable y bárbaro egoismo
Contra el derecho santo de los hombres
Y la union fraternal del cristianismo;—

Faz segunda, preciso corolario
De la lumbre de Mayo, que la historia
Del pasado completa y solo esplica;—
Guerra civil que nutre y fortifica
Nuestra vida social y en prueba cara
Para ser pueblo libre nos prepara.—
Durará, no dudeis, mientras la lumbre
No descubre del bien la muchedumbre
Y del yugo del mal no se rescate;
Mientras la pura luz del cristianismo,
Que une y da fortaleza á un tiempo mismo
Y toda inícua potestad abate,
No le enseñe á ser pueblo y lo liberte
Del mal que lo estravia y lo pervierte;
Y al culto de la ley y del derecho
No se incline toda alma y todo pecho.

Rosas es, porque el pueblo lo ha enjendrado,
Porque el pueblo lo sufre así malvado,
Y Rosas es el hombre
Que con sangre del pueblo que lo alienta
Guerra hace al bien y tiraniza en nombre
Del principio del mal que representa.
Quitadle al pueblo si podeis mañana,
O la mitad del pueblo á quien engaña
Porque engañar é intimidar se deja,

Como el niño escuchando una conseja,
Y nada Rosas es, sino un mal hombre,
Un gaucho oscuro, sin poder ni nombre.
Si ha deslucido la patricia gloria,
Si es el Neron fatal de nuestra historia,
Ved al pueblo; pues si algo significa
De Rosas el poder, solo él lo esplic?
Como esplica esa série de caudillos
Que desde Mayo acá en nuestras campañas
Sus enseñas de sangre y sus cuchillos
Pasearon como fieras alimañas.
Pronto otra vez á nuestra hermosa tierra
Traerá esa enseña asoladora guerra.
Oribe con su ejército ha venido
A sofocar con sangre de patriotas
Los polluelos del águila en su nido;
Lavalle á sus espaldas le ha traido,
Lavalle el precursor de las derrotas. . . . [5]
Oh Lavalle ! Lavalle ! muy chico era
Para echar sobre sí cosas tan grandes;
Sin él, sin su derrota hasta los Andes
Se estendieran los férreos eslabones
De la liga del Norte redentora,
Y su lanza, talvez, y su bandera,
Al pié de la pirámide de Mayo,
Clavarian triunfantes sus lejiones.

EL ANCIANO.

Suerte guarda á la patria bien sombria,
Bien triste el porvenir!

EL JÓVEN.

No es creencia mia
Aunque de Rosas la victoria fuera.

EL ANCIANO

Te alucina esperanza lisonjera.
Rosas de las conciencias ha borrado
Las nociones morales
De derecho y deber, justicia y orden,
Y en la masa del pueblo inoculado
El principio del mal y del desorden.
La sociedad no existe, moralmente
Rosas la ha asesinado, y la simiente
Plantada por su mano en nuestra tierra
Producir solo puede en lo futuro
Fruto de muerte y corrupcion impura.

EL JÓVEN.

Sin duda ese legado
Rosas nos dejará, pero al pasado

Mucha parte debemos. Rosas vino
Al cabo de tremendas convulsiones
Con la lepra de su alma y sus pasiones
A poner fin á la obra entre nosotros
De corrupcion y anárquico desquicio
Continuada por unos y por otros,
Que ha sido nuestra herencia, utilizando
De ella el logro fatal y el beneficio.
Creis que en tierra nutrida
De sustancia benéfica de vida
Prende el jérmen del mal tan de repente
Que ahogar pueda la vívida simiente
Productora del bien? No, padre mio,
Rosas en nuestra tierra
Esclavos pudo hallar, hallar sayones
Y seides, asesinos y ladrones
Para formar su bárbara gavilla,
Porque no habia en ella, sino en pocos,
A quien la turba apellidaba locos,
Patriotismo y virtudes. Sin embargo
Por mas que sea su dominio largo,
Algo alimenta la esperanza mia.
La sociedad no muere
Roida por carcoma
De lepra, corrupcion y tirania.....

EL ANCIANO.

Y te olvidas de Atenas y de Roma ?

EL JÓVEN.

Las sociedades esas perecieron
Bajo el aire letal del paganismo;
Rejenerar su sangre no pudieron
De la cristiana ley con el bautismo.
La sociedad cristiana que en sí anida
Un principio divino
De inagotable vida,
Como la tierra en cada primavera
A su influjo vital se rejenera.
Ese principio de moral fecundo
Vivo arde en el hogar de la familia
Como el fuego vestal de los romanos,
Y á sofocarlo con su aliento inmundo
No alcanza ni el poder de los tiranos.
Por eso yo del porvenir aguardo,
Aunque tambien á veces desespero,
Y en esta grande y desigual contienda
Alientos vivos y constancia guardo
Para hacer por el bien mi pobre ofrenda.
Por mas que Rosas haga, ese fecundo
Espíritu de vida y de progreso

Que circula invisible por el mundo
No podrá contener, ni la memoria
Los recuerdos borrar de nuestra historia
Que en herencia nosotros recibimos;
Y pienso que si ahora sucumbimos,
Nuestro ejemplo ha de hallar imitadores
Que á la patria darán dias mejores.....
Esta es mi fé, mas tarde ó mas temprano
Renacerá la Patria
Aniquilando al bárbaro tirano
Que tanto la humilló:

EL ANCIANO.

Tu eres creyente,
Marco, de cuándo aca? me ha sorprendido
De tu fé viva la esperanza ardiente.

EL JÓVEN.

Creyente soy no ha mucho convertido.
Allá en la capital de Buenos Aires
A dudar me enseñaron los doctores
De Dios, de la virtud, del heroismo,
Del bien, de la justicia y de mí mismo;
Me enseñaron como hábiles conquistas
Del espíritu humano en las edades
Esos dogmas falaces y egoistas

Que como hedionda lepra se pegaron
En el cuerpo social, y de la patria
La servidumbre y muerte prepararon.[6]
Sofistas ó sectarios sin criterio
De una filosofia
Cuya vasta sintesis su ignorancia
Comprender no podia,
El influjo moral no calcularon
De la doctrina misma que enseñaron.
Muy pronto, aniquilando
Las virtudes sociales,
Ellas, sonriendo, al despotismo bruto
De homenaje servil dieron tributo.
La corrupcion que invade y envenena
Las entrañas del pais como gangrena,
La anarquia moral, ese egoismo
Tan cobarde y audaz á un tiempo mismo,
Tan único y feroz en sus exesos
Fruto son de sus rápidos progresos.
Interrogad la clase pensadora,
La mas que en oro en egoismo rica,
Al pueblo que se diezma y se devora
Por sostener sus amos que venera
Porque azote le dan y él los hiciera;
Observad sus costumbres, sus acciones,
Sus vicios, sentimientos y pasiones—

Comprendereis muy pronto el resultado
De los supuestos dogmas difundidos
Por los sabios de entonce pretendidos,
Vereis que ahora entre la docta jente
La rica, la ilustrada y la decente
Creencia es comnn—que el hombre
Es un ser destinado
En la série normal de las creaciones
A idolatrar su yo y vivir aislado
Nutriendo sus instintos y pasiones;
Que no hay entre hombre y hombre
Lazo alguno de union y simpatia
Ni principio moral reconocido
Que regle de sus actos la harmonia,
Porque cada hombre es libre como el viento
Para ser lo que cuadre á su capricho,
A su egoista ó depravado intento;
Que la patria es quimera y por lo mismo
Una palabra hueca el patriotismo,
Y lo que todos sociedad llamamos
Una arena sangrienta donde á muerte
Como fieras estùpidas luchamos,
Siendo el triunfo el poder y el beneficio
Del mas astuto ó depravado ó fuerte;
Y el deber, la virtud, el sacrificio
Juguetes con que engañan á los tontos

Los malvados, los hábiles ó hipócritas
Para medrar ó devorar la presa
Como aves de rapiña siempre prontos.

Largo tiempo agitado
Como la onda en un mar de incertidumbres
Mi espíritu ha vagado,
Sin comprender la causa ni lo horrendo
De la lucha civil que estamos viendo,
La sociedad, ni el hombre, ni sus actos,
Ni su destino oscuro acá en la tierra;
Y toda la creacion me parecia
El caos de la muerte y de la guerra.
Largo tiempo en molesta incertidumbre
Permanecí perplejo como hombre
Que vacila al morir:—si obrar queria
En sentido del bien, móvil no hallaba,
Obligatoria ley, norma ni objeto
Que á la accion por el bien me estimulase
Y á mis actos un círculo trazase.
Pero al fin, estudiando y meditando,
Un mundo para mí desconocido,
Que solia entrever como soñando,
Se reveló á mi mente, y he aprendido
A no dudar de todo, y á nociones,

A principios que juzgo verdaderos
Ajustar en la vida mis acciones.

Creo en un ser eterno y absoluto,
Creador increado, animador fecundo
Del universo mundo;
Cuya infinita, inagotable vida
Llena de cuanto existe en la medida,
Cuya omniciencia diera
Una ley de existencia y un destino
A cada cosa y ser que produjera.
Ese Dios está en todo y es el *todo*,
Porque causa y substancia siempre activa
Se revela inmanente,
Como en el hombre, la natura viva
Que vive de su vida, y de su seno
Infinito surjiera de repente.

Y asi como en el mundo, en la natura
En su esfera de accion cada criatura,
Cada ser, cada cosa producida
Su ley suprema y condicion de vida,
Realiza en el tiempo y el espacio;
La ley de Dios la realiza el hombre
Con el virtual poder que Dios le diera
En sociedad viviendo,
Y de una en otra prole, de Era en Era,

De nacion á nacion, el patrimonio
De su vida continua trasmitiendo.
Pero el hombre social, ciego, ignorante
Como el pequeño y aturdido infante
Cuyos pasos no guia
La madre cariñosa, se estravia;
Esa ley divinal ó su natura
Desconoce; no acata, en infrinjirla
Muchas veces se goza en su locura:
Su gloria es conocerla y observarla,
Su grandeza en la tierra descubrirla
Y á los homdres y pueblos revelarla.

La ley de Dios el jenio la revela
A la ignorante humanidad que vela
En medio del santuario tenebroso,
Buscando del enigma misterioso
La palabra benéfica y fecunda;
Y esa vivaz revelacion profunda,
Que recibiendo van como legado
Un siglo y otro siglo del pasado,
Es la ley humanal, viva, inmanente
Del gran lejislador del Universo
Que iluminando al hombre, lo encamina
Por la senda del bien continuamente
Hácia un ideal de perfeccion divina.

La ley del hombre es adquirir conciencia
Por medio del espíritu y la ciencia
De lo bueno, lo justo y verdadero,
De lo ideal y lo real perecedero,
Y consagrar su accion á realizarlo
En la vida social, y á venerarlo.
El que no lo hace asi, necia criatura
O desconoce ó viola con malicia
La ley providencial de su natura.

La ley de Dios es ver en los humanos
Otros tantos hermanos
Iguales en derechos y en deberes,
Por el Padre comun creados todos
Para gozar los bienes de la vida
Que derramó en el mundo sin medida,
Viviendo en sociedad bajo el imperio
De libres, justas y comunes leyes.
La ley de Dios es realizar el órden,
El bien y la harmonia,
Guerra al error haciendo y al desorden,
Como á toda opresion y tirania.

Para cumplir la ley de su natura
Y ejercer como rey sus facultades,
Cual perfectible y racional criatura,
El hombre en sociedad libre ser debe;

Pero acatando y sin violar aleve
La libertad de ajenas voluntades:
Y libre debe unirse como hermano
Al hombre de su patria, al ciudadano
Para enjendrar el bien y la justicia,
La libertad, el órden y el progreso,
Disipando el error y la ignorancia,
Principios de discordia y retroceso.

Esta es la ley de Dios, *verbo* que un dia
Reveló la humanal sabiduria,
Y se encarnó en el Cristo, y como un éco
Misterioso y profundo
Resonó en las alturas del calvario
Su salvacion profetizando al mundo.
—No hay esclavos, ni procéres, ni dueños,
Dijo el Cristo,—los hombres son hermanos,
Iguales ante Dios su comun padre
Que á todos mide con igual medida;
Y llamó á los humildes y pequeños
A sentarse al banquete de la vida
Donde solo se holgaban sus tiranos.
Y á su voz redentora alzó la frente
Esclava, embrutecida y febriciente
La humanidad; y entonces empezaron
A tener fé en su Dios los oprimidos,

Y á levantar al cielo sus jemidos,
Y á confortar su espíritu buscando
Los bienes por el Cristo prometidos.

Y los tiempos pasaron, y otros jenios
Despues de la palabra redentora
Sembraron en la tierra
La semilla del bien enjendradora;
Y los antiguos ídolos cayeron
Que acatara el error, y se rompieron
Los hierros de las viejas tiranias,
Y para hombres y pueblos se cumplieron
Del Cristo las divinas profecías.
Mas la razon humana, ébria de orgullo
Y de ciencia y poder que creyó suyo,
Quiso endiosar sus propias concepciones,
Y se abismó en el caos, porque de vista
Perdió las luminosas tradiciones
Que revelara el jenio en el pasado;
Pero la ley de Dios, la ley del Cristo,
Mejor interpretada y comprendida,
Volvió á poner al hombre descarriado
En la senda del bien y de la vida.

Yo creo en esa ley; por eso brio
Siento en el corazon ¡oh padre mio!
Para imitar vuestro glorioso ejemplo

Y hacer á los tiranos
Que ensangrientan y manchan nuestra tierra,
Atizando discordia entre hermanos,
Continua, audaz, perseverante guerra.
Y á la patria comun por la que lidian
Tantos patriotas con heróica alteza
O entregan al cuchillo su cabeza,
La vida qne me diste he consagrado.
Regocíjate padre; hijos que envidian
De los héroes de Mayo la grandeza
El pensamiento suyo han heredado,
Y morirán por él, ó vencedores
Libertarán como ellos nuestra patria
Del yugo de tiranos y traidores.

EL ANCIANO.

Bella y consoladora es, hijo mio,
Esa fé que dá aliento á tu albedrio;
Bendita es tu ambicion, y noble gloria
Te granjeara el reves ó la victoria.
Persevera, mi Marco, persevera
En esa lucha santa
De patria y libertad, por la que tanta
Sangre ha corrido ya, que si vosotros
Llegais á sucumbir, patriotas otros,
Prosiguiendo la pájina de Mayo,

Levantarán la indómita bandera
Que como emblema de destinos grandes
Flameó en el Chimborazo y en los Andes.

EL JOVEN.

Si, padre mio, mi esperanza es esa.
La libertad no morirá en el Plata,
Aunque caiga rendido
El patriotismo heróico en esta empresa.
El enemigo es vencedor, es fuerte
Porque de todo abunda,
Y el terror y la muerte
Por do quiera llevando
Prosélitos se atrae intimidando.
Nosotros que de todo carecemos,
Por mezquinas pasiones divididos,
No queremos unirnos, no sabemos
Quebrantar su salvaje alevosia
Por lo grande en la audacia y la energia,
Ni en la accion levantarnos á la altura
Del principio social que defendemos.
Para vencer no basta la bravura:
La guerra es desigual, y mas que todo
Nos falta quien la iguale de ese modo;
Nos falta un gefe que dotado se halle
De prestijio y valor, y que comprenda

El modo de triunfar en la contienda,
De guerrear y de unirnos.

EL ANCIANO.

¿ Y Lavalle ?

EL JOVEN.

Todo estaba en su mano y lo ha perdido:
Lavalle es una espada sin cabeza:
Sobre nosotros, entre tanto, pesa
Su prestijio fatál, y obrando inerte.
Nos lleva á la derrota y á la muerte.
Madrid como valiente es conocido. . . .
Acha, el héroe ser pudo que la tierra
De tiranos purgase en esta guerra,
Pero mas jóven es, y harto modesto
No ha querido ocupar el primer puesto.
Nuestras tristes derrotas al orgullo
Del estúpido Oribe y de sus jefes
Han dado harta insolencia; á pesar de esto
No hay que desesperar: si al pais de Cuyo
Al fraile derrotando
Nuestras tropas ocupan,
Armas y oro de Chile los patriotas
Nos enviarán para seguir luchando.

EL ANCIANO.

Tú entretanto ¿ que harás ? algo has resuelto ?

EL JOVEN.

Tucuman está exhausto como Salta,
Catamarca y Jujui; todo nos falta;
No podemos vivir en pie de guerra:
Fuerza es salir de aqui, llevar su estrago
Antes que venga á la enemiga tierra.
Muy pronto marcharé con mil jinetes
A sorprender, si puedo, en su guarida
Al cacique indolente de Santiago; [7]
Pero no tardaré.

Tú, Lola mia,
Prepárate á partir, porque ya el dia
Ilumina los valles y los montes.

EL ANCIANO.

Bien claros ya se ven los horizontes.

III.

Y la mujer aquella, descubriendo
Su bello rostro de color de leche,

De pie se pone, oyendo
Del esposo la voz que le convida
A triste y dolorosa despedida.
Y asidos de su mano,
Con infantil asombro, sus dos hijos
Llevan la vista al padre,
Mientras llorosa la aflijida madre,
Mirada suplicante de cariño
Sobre el marido echando y el anciano,
Se espresa así con el candor de un niño:

DOLORES.

Partir, esposo mio! asesinarme
Fuera mejor. . . .

EL JOVEN.

No estaba ya resuelto?

DOLORES.

No puedo aunque quisiera, separarme
De tí y de mi familia; lo he revuelto
Bastante en mi cabeza, y sin coraje
Se siente el corazon para este viaje,
Desde que sé, mi Marco, que á la guerra
Tú muy pronto te vas.

EL JOVEN.

Es necesario.

DOLORES.

Quién te obliga á pelear? soldado no eres.
Tu oficio es el gobierno ¿ por qué quieres
Esponerte al peligro?

EL JOVEN.

Deber mio
Es dar ejemplo de constancia y brio,
Y en busca del pendon de los tiranos
Por delante marchar de mis paisanos.

DOLORES.

Y si á matarte llegan?

EL JOVEN.

Bien venida
Será entonces la muerte, mi querida.
Conquistaré una palma que codicio
Dando todo á la patria en sacrificio.

DOLORES.

El amor de la patria en tal esceso
Te hace hasta cruel; no piensas lo que dices,
Y tus hijos, y yo?

EL JOVEN.

No hables de eso,
Lola mia, por Dios: pobres criaturas!
Un rocio de amor son para mi alma:
Piénsalo bien;—para que seais felices,
Y sin temor que os vengan desventuras,
Tranquilo el corazon al menos pueda
Consagrarse á su patria Avellaneda,
Fuerza es que os alejeis.

DOLORES.

Si no amaseis
Algo mas que á la patria, Avellaneda,
Si en mas que nuestro amor tú no estimases
Los lauros de una gloria
Que ingrata suerte el conquistar te veda,
Hoy buscarias como lo hacen otros
Un asilo seguro con nosotros.
Huyamos, Marco mio,
Porque desdicha grande

Mi corazon presiente en esta guerra.
Pronto, quizá mañana, nuestra tierra
Talarán esas furias infernales
Que siguen los pendones federales
Del tirano del Plata, y el saqueo
Trae consigo, el terror y la matanza,
Y será, como Córdoba, trofeo
Sangriento Tucuman de su venganza.
Antes que vengan de su furia huyamos,
Salvemos nuestros hijos, Marco mio:
¿No los ves como lloran?
Ellos y yo por Dios te lo rogamos.
Qué aguardas de esa lucha? Una victoria?
Esa esperanza es para mi ilusoria;
Pelearéis como bravos;
Pero triples en fuerza, los esclavos
Triunfarán del tirano; y si de Oribe
Caes en la garra tú— de ese caribe
De la sangre Argentina tan sediento;
Qué hará de tí?—me abisma el pensamiento.

EL JOVEN.

Calla, por Dios, mi Lola; no mas quejas.
El deshonor, la infamia me aconsejas.
¿Has podido olvidar por un momento
Que en Tucuman naciste y que la esposa

Eres de Avellaneda?
¿No sabes que el primero
Ser debe en sacrificio
El que mas alto se halla,
Y el primero tambien en la batalla
Como en la rota el adalid postrero?
Tus temores son vanos....

EL ANCIANO.

Si, hija mia;
El amor de tus hijos te estravia.
Mancillaria el nombre tucumano,
Un infame seria y un villano
El primer majistrado de tu patria
Si del peligro huyese:—deber suyo
Es combatir con indomable orgullo,
Y conservar sin mancha lo que hereda,
El nombre de su padre Avellaneda.

DOLORES

Si tu deber es arrostrar la muerte,
Padre mio, el deber tambien me veda
De mi esposo y de Marco separarme
En tan aciagos dias, en momentos
De peligro, de afan y sufrimientos;
Tambien correr su suerte

La voz del corazon á mí me ordena,
Partiendo de su dicha ó de su pena,
Y á su lado morir.

AVELLANEDA.

Harto elocuentes
Son las palabras tuyas, Lola mia,
Para llenarme el alma de alegria.
¿Pero acaso imajinas que me aparte
Gustoso yo de tí y de mis hijitos
Que sois de mis entrañas una parte?
Por vuestro propio bien, de pesar lleno
A sufrir solitario me condeno.
Todo lo he calculado; nuestra tierra
Será bien pronto el teatro de la guerra;
Yo á campaña saldré, y mientra avive,
Organice el ardor de mis paisanos,
Ocupar puede Oribe
Nuestra inerme ciudad con sus villanos,
Y descargar sus sañas inclementes
Sobre tí y nuestros hijos inocentes,
Degollarlos quizá.....

DOLORES.

¡Que horror! huyamos.....
Mis hijitos, que horror!

EL ANCIANO.

Dolores, vamos;
Todo está listo, el coche nos espera.

DOLORES.

Desearia ya estar en la frontera.

EL JOVEN.

Pronto estarás; mi padre compañia
Te hará á Bolivia y te dará consuelo;
Yo te hablaré de mí, dia por dia,
Como tú, mi Dolores, y si el cielo
Quiere que en esta lucha
Sucumban los campeones de la Patria,
A llevaros mi amargo desconsuelo,
Iré, y cual tantos otros
A sufrir el destierro con vosotros.

Y al decir esto, á el uno de sus hijos
Sobre el izquierdo brazo levantando,
Y al de su esposa el diestro entrelazando,
Mientras su viejo padre conmovido
Conduce de la mano al mas crecido,
En silencio y caida la mirada
Se dirijen los tres á la esplanada.

El sol apareciendo
Por cima de la sierra.
Bañaba ya la tierra
De los naranjos verdes y los montes,
Y en sus limpios y azules horizontes
Se dibujaba la estatura erguida
Del Aconquija audaz, como vestida
De una túnica leve
De lucia, blanca y vaporosa nieve;
Y á los pies del jigante,
Como un niño de marmol que de hinojos
Tiene en su viejo padre
Siempre fijos los ojos,
El bulto del Tafí, como otras crestas
De monte, en cuyas cuestas
Resaltaban desnudos de follaje
Como esqueletos que de pié quedáran,
Contemplando los tiempos que pasáran.
Con su tortuoso y sin igual ramaje,
Su tronco carcomido
El pacará, el quebracho,
El cedro y el lapacho,
El tarco, el lanza y el obeso Tipa,[8]
Gnomo del bosque que al viajero espanta
Con su forma estrambótica de pipa;
Y otros mas que se burlan de los vientos,

Monarcas de las selvas corpulentos.
Mas abajo en los cerros, en los valles,
En las tortuosas y multiples calles
Que los árboles forman y torrentes
Los rios, las quebradas y vertientes;—
Los naranjos se ven, los arrayanes,
Los laureles y mirtos,
Y los pajizos ranchos ó cabañas
Del gaucho morador de las campañas,
Donde no entran del mundo los afanes.

Desde la alta esplanada
De la mansion campestre,
Dolores y su esposo Avellaneda
Junto al anciano padre y ambos niños,
Con vista enajenada,
Estáticos contemplan
El magnífico y vasto panorama
Que á concentrar fuera de sí los llama
La mente y los sentidos,
En instantes para ellos
Tan llenos de amargura y doloridos;
Y contemplándolo olvidar parecen
Las ansias que padecen
O admirar en silencio la natura
De aquel sitio natal, como si fuera

Por ilusion de su alma prematura,
Aquella su visita la postrera.

Dolores, sobretodo, absorta y fija
En aquel espectáculo tan bello,
Dar el último adios al Aconquija
En silencio parece, y á los campos
Y á los valles hermosos
Que riega y fertiliza con sus ámpos
El monte colosal;— y en lastimosos
Suspiros despedirse
Del Tafi, do su infancia
Creció entre los naranjos y las flores,
Ebria de regocijo y de fragancia,
Y sin triste zozobras ni amarguras
Saboreó las dulzuras
De la luna de miel de sus amores.
Su corazon simpático se alegra
Rememorando allí lo que ha sentido,
Lo que ha gozado en el hogar querido,
Cuando latiera de contento ufano.
En su rostro de tipo tucumano
Viva resalta la pupila negra
Sobre el óvalo nacar; renegrido
Sobre su tez de leche se dibuja
El arco de su céja y el sedoso

Perfil de su pestaña,
Sombreando con finura
De sus rasgados ojos
La lánguida y tiernísima hermosura.
Su gallarda estatura,
Su fino, airoso talle
Cubre un traje de viso de esmeralda
Y una manta de raso, cuyos pliegues
Dejan ver la blancura
De su torneado seno y de su espalda.

Gran rato circundados
De peones y soldados,
Que los miran con rostros doloridos,
Permanecen los tres embebecidos
En tal contemplacion; mas de repente,
El tétrico silencio interrumpiendo,
Dolores cabizbaja é impaciente
Se dirije hácia el coche, asi diciendo:
Presentimiento triste
Al separarme llevo.

AVELLANEDA

Por qué, Dolores mia?

DOLORES

No verte otra vez temo.

AVELLANEDA

Temores son mi amada
De tu cariño tierno;
El corazon me dice
Que á vernos volveremos
En mas felices dias.

DOLORES

Lo crees?

AVELLANEDA

Así lo creo.

DOLORES

Mis votos y los tuyos
Quiera escuchar el cielo.

Las espuelas sonar y los aceros
De la escolta que llevan los viajeros
Se oyen, como aquietando á los bridones
Impacientes aguardan
En zaga de partir los postillones:
Y aquel grupo de seres desgraciados
El abrazo postrero
Se dan, mudos jimiendo, y estrechados

Un doloroso instante permanecen;
En su labio el adios último espira;
Suben al coche, la cuatrega tira,
Y pronto los viajeros desparecen
Por la ansiosa mirada acompañados
De la turba de peones y soldados
Que han visto la partida entristecidos,
Y por la honda y vivaz de Avellaneda
Que sin las prendas de su amor se queda.

IV.

Libre su alma por fin de los prolijos
Cuidados y temores,
Que asaltarla solian por sus hijos,
Por su querido padre y su Dolores,
Puede por vez primera
Consagrarse á su pátria toda entera.
Tranquila está por ellos; mas lo agita
Otro afan, otra duda;
Sobre su frente impávida gravita
La suerte de su país, y harto desnuda
La realidad se muestra.
Como sustraerlo á la feroz venganza

De Oribe y sus traidores tucumanos,
Con bisoños é inermes milicianos?
La voluntad y el jenio á eso no alcanza.

Su alma no ha mucho tiempo tan henchida
De fé vírgen, de ardor y de entusiasmo,
Por el fatal impulso combatida
De imprevistos sucesos,
Abriga el desencanto prematuro
Que en el rápido curso de los años
Producen los funestos desengaños;
Desencanto fatal, gusano impuro
Que corroe la fé, el convencimiento,
Dejando sin arraigo el pensamiento
Languidecer, morir en parosismo
De solitario y tétrico egoismo:—
Gusano que se chupa de la vida
La sustancia vivaz, y amortecida
La deja marchitarse como planta
Que en salitrosa tierra se levanta.
En poco tiempo lo profundo ha visto
Del corazon humano y sus miserias,
Y sus hediondas llagas ha tocado
Con tédio y con disgusto;
Y en su alma tan robusta se ha entiviado
El amor por lo bueno y por lo justo:—

Concepcion racional—bella quimera
Donde la fuerza y la ignorancia impera,
Y pululan mezquinas ambiciones,
Egoismo voraz, viles pasiones.

Sin embargo, cien planes combinando,
Escribiendo y mensajes despachando
Dia y noche ha pasado Avellaneda,
Nada que hacer ni disponer le queda,
Todo lo ha calculado y lo ha previsto;
Para encarar el golpe está sereno,
Porque el valor le sobra y el orgullo
De su alta posicion, si ya esperanza
De salvacion y de éxito no alcanza.

Torna el sol con sus rubios resplandores
La cumbre á arrebolar de las montañas,
Vistiendo de matices y colores
Valles, cuestas, y cerros y campañas.
Los caballos lo esperan; va á alejarse
De la que fué morada de su esposa,
Del sitio donde ayer al separarse
La estrechó entre su brazos tan llorosa,
Donde besó sus ternezuelos niños,
Sonriendo de placer á sus cariños
Y olvidando importunos sinsabores;
Donde á su anciano padre adios dijera;

Y congojoso está porque Dios sabe
Si á verlos tornará en dias mejores.

En tanto se detiene en la esplanada
Atraido por la májica belleza
De la naturaleza,
Y clavando en los montes su mirada:—
«Aconquija, esclamó; pronto el destino
De los pueblos del Plata
Va á jugarse á tu vista.
El pendon escarlata
Del tirano arjentino
A disputarnos viene la conquista
De los héroes de Mayo,
Y á sus fieras lejiones
Su indómito coraje
Van á oponer sus hijos
Y algunos de sus ínclitos campeones.»

«Para ver cosas grandes,
Retoño jigantesco de los Andes,
Dios te puso en la tierra tucumana,
Y ser heraldo eterno
De la grandeza y pequeñez humana.
Cuántas revoluciones
Has presenciado tú, cuántos sucesos!

Cuántas jeneraciones
Dejaron junto á ti sus blancos huesos!
Cuánta sangre en tus valles ha corrido!
Cuántos ayes llegaron á tu oido!

«De los hijos del sol las muchedumbres
Pasaron junto á tí como vislumbres,
Como sombras de raza ya decrépita
Sin dejar hondo rastro en su carrera;
Pasaron, cual las formas colosales
De los árboles, plantas y animales
De la creacion primera,
Con sus ídolos vanos y sus leyes,
Con su oro, sus esclavos y sus reyes.

«Despues cuando Colon, de los arcanos
De Dios revelador, al viejo mundo
Mostró desde el confin de los oceanos
De otro en prodijios y en beldad fecundo
La sonrisa inmortal, tus soledades
La misteriosa trompa
Del porvenir oyeron
La venida á anunciar de otras edades,
De otra raza de pueblos que no vieron.

«Y pasaron los godos con tres siglos
De insociable y fanática arrogancia,

Acosados por sombras y vestiglos
Que fraguó delirande su ignorancia,
Y los castillos rejios y leones
Con sus necios, altivos infanzones;
Y no lejos de aqui quebrantó el cetro
De su poder el rayo
Que de la nube reventó de Mayo.

«Tú, entretanto, inmovible en tu cimiento
Estás de la creacion como portento
Con tu cabeza cana, á las edades
Viendo hundirse del tiempo en los abismos
Y rujir las humanas tempestades.

«Nuestra historia es de ayer, y sin embargo
Cuántas vicisitudes,
Sufrió la Patria, cuántos padecieron,
Ricos de porvenir y de virtudes,
Del martirio por ella las afrentas!
Y hénos aqui, cual ellos combatieron,
Luchar hoy sin fortuna
Bajo la misma indómita bandera
Cuya sombra cubriera
De nuestra patria la gloriosa cuna;
Luchar contra el error y la injusticia
Y la fuerza brutal de los tiranos,

Para fundar en leyes de justicia
Una Patria de libres ciudadanos.

«Tú, Aconquija, que ves en torno tuyo
Con hórrido murmullo
Hervir como en un cráter las pasiones,
Y hoy correr como en tiempos ya pasados
El lloro con la sangre entremezclados;—
Tú, reinar algun dia
Verás en tus rejiones
La paz y la abundancia y la alegria,
Y crecer grande y florecer fecundo,
Con perpetuo verdor como tus selvas,
El principio del bien porque luchamos
Y vida y bienestar sacrificamos.
Y á su sombra verás las muchedumbres
Del europeo mundo
Fraternizando con las proles nuestras,
Libres ya de oprobiosas servidumbres,
Agitarse y sudar gozosamente
Por la bella y pacifica conquista
Del Eden prometido acá en la tierra
Al trabajo del hombre y á la mente.
Veráz testigo, en tanto
Si en este empeño santo
Por la fuerza abrumados sucumbimos,

A las generaciones
Tú contarás del Plata
Lo que nosotros por la Patria hicimos:
Porque el tirano astuto
Ambicionando singular renombre,
Borrará de la historia nuestros hechos
Y cubrirá de infamia nuestro nombre. »

V.

Tucuman está triste; los soldados
Mas diestros en la guerra y esforzados,
Cuyo potente brazo era su escudo,
Adios á las montañas
Han dicho de su tierra
Para llevar la guerra
A comarcas estrañas.
¡ Quién sabe si ese adios de mal agüero
Ha sido el postrimero,
Si al hogar volverán de sus mayores,
Si vencidos serán ó vencedores !

Mas ¿ no veis ? en sus calles de repente
Se difunden rumores de alegria

¿Porqué ensanchado el corazon se siente
La ciudad que tan triste parecia?
Lavalle con seiscientos veteranos
De la Rioja ha llegado, en Catamarca
Dejando á los valientes tucumanos
Que buscando la muerte ó la victoria
Ván á escribir en Cuyo con su lanza
Una pájina mas de luto y gloria.
Pero aquella alegria
Del patriotismo suyo no debía
La última ser. Cuando Acha,
El jénio de la audacia y la victoria,
En Angáco lidiando un dia entero,
Con cuatrocientos bravos
Despedace el ejército de esclavos
Del apóstata fraile,
Saltará Tucuman de regocijo
Y tocarán á vuelo sus campanas,
Y el jénio que venturas le predijo
Coronas, á su sien pondrá lozanas:—
Coronas ah! que trocará la suerte
Pronto en crespones de dolor y muerte
Cuando en San Juan, albergue de enemigos,
Caiga el héroe de Angáco y sus amigos,
Y se vayan con ellos
Todos sus sueños de victoria bellos.[9]

Meses pasan, en tanto y cada dia
Se aumentan los conflictos y penurias
De aquel pueblo entusiasta y denodado
Que su sangre y riqueza ha consumido
Y descubre entre sombras estenuado
Cielo amenazador enrojecido:
A manera del náufrago que solo
Entre abismo sin fin buscando el polo,
Concentrando de su alma la enerjía
Exausto lucha con la mar bravía.
Pero hay una alma allí cuyos alientos
Se dilatan sin fin como los vientos
Cuando arrecia bramando la tormenta;
Y serena, indomable en el conflicto
Esa alma grande á Tucuman alienta.

¿Lo veis, el jóven de mirada ardiente,
Fugaz como el relámpago que al frente
Sale de mil jinetes á campaña?
Avellaneda es ese; lo acompaña
Lavalle el veterano sin estrella
Que de la gloria ya perdió la huella.
¿Dónde van? A arrojar los Santiagueños
De la tierra que habitan los Salteños.
Pueblo heróico y leal que como hermano
Uniera su destino al Tucumano,

Y su sangre prodiga y su riqueza
Con hildalga y patriótica firmeza.[10]

Con tres mil de toda arma Oribe, en tanto
Invade á Tucuman, y desde el Tala,[11]
Halconeando la presa apetecida,
Sus instintos carnívoros regala,
Se regocija ya, cual si la viera
Revolcarse convulsa y dolorida:
A manera del tigre ya cebado
Cuando otéa durmiendo á un desdichado,
Y con ojo voráz y enrojecido,
Suelta la lengua, el lomo recojido
Se acerca, se desliza lentamente
A clavarle su garra y feroz diente.

La nueva al punto aciaga
Por ciudades y campos se propaga,
Y Avellaneda con Lavalle junto,
Libre á Salta dejando
Del santiagueño bando,
Retroceden al punto
Trayendo de la Patria
Los destinos consigo;
Y muy luego, trotando amenazantes,
Mil doscientos caballos

Hacen sonar sus callos
En torno del ejército enemigo.
Entre ellos está Murga, el miliciano
Caudillo del gauchage tucumano,
Hornos el entrerriano y Pedernera,
Y Salas, cuyo nombre [12]
Fué en el Tio un pendon; el Correntino
Que en el raudal del Paraná bebiera
Y hasta los Andes combatiendo vino;
Y un grupo de patriotas cordobeses
Heróicos como nadie en los reveses.[13]

Pero el combate evita,
Por mas que el enemigo la concita,
La Lejion Tucumana,
Moviéndose liviana,
Ora ataque, ora fuga simulando;
Cual suele hacerlo el cazador astuto
Con el tigre feroz, cuando soltando
La trailla de dogos carniceros
Que lo ostigan, lo muerden y atolondran
Con sus ladridos fieros,
Desde el lugar donde seguro acecha
Verlo espera postrado de fatiga
Para arrojarle la acerada flecha.

Corriendo en tanto dias, dos traidores
Anuncian que los crudos invasores
Su fuerza han dividido
Y en rumbo á la ciudad parte ha salido;
Y al asomar la aurora, los contrarios
En la orilla se encaran
Del Famallá, á la vista
Del selvático monte
Que cubre con su cuerpo el horizonte.[1]

Los jinetes de Oribe, colorados
Cual lejion infernal, ámbos costados
Ocupan de una línea, en cuyo centro
Los cañones se vén y los infantes
Con sus vestes rojizas y flamantes:
Su número era inmenso, armipotente
Ante la blanca línea que arrogantes
Despliegan los patriotas á su frente.

En aquel sitio solo se oia
Del ruiseñor el canto;
O del arroyo el plácido murmullo
Unido de la tórtola al arrullo,
O el rumor de los árboles erguidos
Por el viento y la brisa sacudidos;
Y hoy en lucha terrible las pasiones

Lo atruenan las blasfemias,
Gritos de sangre, horribles maldiciones.

En pos de las guerrillas, cuyo fuego
Estimula el valor y la venganza,
Al encuentro se lanza
La derecha patriota;
Truena el cañon, terribles alaridos
Se mezclan al estruendo y los silbidos;
Y se traba el combate,
Y en el aire certeros
Relumbran culebreando los aceros,
Y se cruzan y caen con los jinetes
Bajo el golpe mortal que los abate.
Y la lustrosa crin de los bridones,
Las cabezas, los brazos y escuadrones
Se ajitan con furor, como las ondas
Sus crestas angulares y redondas
Cuando en opuesto rumbo las impulsa
La tempestad frenética y convulsa.

Empero, la pujanza
De la línea patriota
A quebrantar no alcanza
El simultáneo empuje
De la masa enemiga; y de repente
Por su flanco revienta

Del plomo silbador una corriente,
Y conturbada y rota
Retrocede en confuso remolino,
Envolviendo, arrastrando,
A manera de negro torbellino
Que empuja atronadora la tormenta,
Cuanto en la órbita suya vá encontrando.
Y todo es confusion; los derrotados
Huyen despavoridos
Por la enemiga lanza perseguidos,
Y el golpe de los callos
Del inmenso tropel de los caballos
De los cerros retumba en las entrañas.
Y gritos, mueras se oyen,
Voces de angustias y de dolor estrañas
Y caen unos tras otros, sin que ablande,
Sin que mueva á piedad clamor alguno
El corazon de vencedor ninguno.
Empero, el Monte-grande
Refrena los furores
De los perseguidores,
Porque allí en su espesura,
Como en honda caverna,
Culebrando se interna
La fujitiva tropa en su pavura.

VI.

Dueño es el fiero Oribe
Del campo de batalla,
Donde lidiando en vano el patriotismo
Hace el postrer esfuerzo de heroismo,
Donde el triunfo la música festeja,
Mientras su lúmbre pálida refleja
El sol sobre su sangre, y donde estalla
Un grito á veces uniforme, inmenso,
Que al orgullo consagra de su jefe
Una turva de esclavos como incienso.

Y ahí lo teneis al vencedor en medio
De los ínclitos jefes federales
Y de su fiel escolta de orientales,
Cuya blanca y de púrpura divisa
Su doble vasallaje simboliza;
Ahí lo teneis, ufano saboreando
Del triunfo las brutales ovaciones,
Y la vista esplayando
Con infernal sonrisa
Por el campo de sangre y de matanza,
Como si en su alma estúpida de fiera,

Sintiese la embriaguez de la venganza.
Goza, goza, verdugo,
De tu obra de esterminio;
No en vano á tu amo plugo
Señalarte para ella; ese holocausto
De cráneos de patriotas y osamentas
Que de nuevo gozoso le presentas
Te asegura su amor y patrocinio.
Goza, Oribe, y mañana,
Como manjar que á su apetito place
Nutre su sangre y su rencor engorda
Con hidalgo y devoto pensamiento,
Las orejas en sal del traidor Borda
Manda en ofrenda á tu idolo sangriento.[15]

CANTO TERCERO

I.

De Tucuman á Salta los dispersos
De la batalla, en grupos divididos,
Por caminos fragosos y diversos,
Los bosques orillando,
Y cerros y quebradas
A lomo de bridon atravesando,
Huyen, huyen veloces:
Por que oir á sus espaldas se imajinan
El casco sonador de los caballos
De las turvas feroces
Que al vencido degüellan ó asesinan:
Y entre esos que á Bolivia se encaminan
Por la cuesta de Salta

Paralelos y próximos trotean
Dos grupos bien montados
De lanza, sable ó tercerola armados.

En el uno, llevando
Vista ansiosa y fugáz de cuando en cuando
Hácia el linde lejano de la tierra
Que los objetos de su amor encierra
Avellaneda vá; pensando triste
De su patria en la suerte, en el destierro,
Y en la vida de afán y de conflicto
Que es la herencia maldita del proscrito.
Capitaneado el otro por un hombre
De figura siniestra
A quien diera Lavalle algun renombre, [1]
Ajitacion demuestra,
Al paso que camina
Y al primero indolente se avecina.
Tristes, al parecer, desesperados
Van perdiendo de vista los collados
De la argentina tierra;
Se alejan de los campos y lugares
Donde están sus domésticos hogares,
Mirando con horror la perspectiva
Del destierro fatal, ó revolviendo,
De sus oscuras almas en el fondo

Trama horrible y siniestra cual ninguna;
O al infierno pidiendo
Tal vez la luz de inspiracion alguna
Que abrir pueda á sus ojos
El rumbo claro de mejor fortuna.

Almas de las tinieblas, no comprenden
Lo bello, lo ideal de su infortunio;
Almas brutas sin guia, solo atienden
Al material impulso del instinto
Que les muestra palpable ó bien distinto
El objeto real que las provoca
Y corren en pos de él con ánsia loca.
Y en medio de ellos, Sandoval su jefe,
Que el estado de su ánimo columbra,
Cual si nefanda sujestion oyese
Del demonio del crímen
La voz alza y les dice: « Compañeros,
Muy duro es alejarse
De la patria querida en la miseria,
Muy triste mendigar como estranjeros
Pan y techo de abrigo.
Despues de tantos desengaños crudos
¿ Qué vamos andrajosos y desnudos
A Bolivia á buscar ? mejor sería
Combatiendo morir en nuestra tierra,

O el perdon implorar del enemigo
Para volver al seno de la patria
Sin probar los afanes óel mendigo.
Pero á fin que su gracia nos conceda
El presidente Oribe
Preciso es que algo en su servicio hagamos:
Llevemos al traidor Avellaneda
Y á Videla y demás que lo acompañan,
Bien cerca de nosotros los tenemos;
Y á poca costa, no dudeis, amigos,
Perdon y recompensas obtendremos. »

Un silencio profundo
La nefanda propuesta
De Sandoval obtuvo por respuesta.
Algunos, aun que débiles, sintieron
De indignacion arranques, por que vieron
Era el perdon comprar con villanía
A precio de una infame alevosía,
Pero el lábio á mover no se atrevieron.

Quedando iba la trama sin efecto,
Cuando uno que iniciado
Se hallaba en el diabólico proyecto,
Preguntó muy tranquilo,
Como si el hecho aquel en su conciencia

La inspiracion no fuera de un malvado,
— ¿Y si hacernos pretenden resistencia? —
« A los mas obstinados mataremos,
Y á Avellaneda y otros copetudos
Como prenda de paz conservaremos, »
Replicó Sandoval—
Y otro dijo alto:
—Sublime plan! los flojos y los rudos
Que concurrir no quieran al asalto,
Que se vayan de aquí á vuelo tendido,
O den un bote con su lanza al frente:
Tenemos triple fuerza, ellos son veinte.
—A ellos! al punto esclamó atrevido
Sandoval, espoleando su caballo.
A ellos! gritaron otros
Poco antes indecisos,
Arrastrando á cobardes y remisos
Con la májica fuerza y enerjia
Que les dá de su crímen la osadia.

Y trotando veloz, muy luego alcanza
Aquel grupo de aleves salteadores
A el grupo incauto que tranquilo avanza;
Y gritando con fuerza desmedida
La ronca voz de Sandoval— « Traidores!
Las armas ó la vida» —

Por la espalda les caen súbitamente,
Dejando de ellos la mitad tendida
Bajo el golpe del sable ó de la lanza.
Los que á caballo quedan, indignados
Súbito frente dán á los malvados
Tirando de la vaina los aceros;
Pero pronto en la lucha solo queda
Desarmado y con vída Avellaneda
Con cinco de sus leales compañeros. [2]

La traicion ha triunfando y la perfidia.
De sus ropas de abrigo despojados,
En silencio, á caballo y maniatados,
En medio de la bárbara gavilla
Los seis mártires ván al sacrificio;
Los llevan en ofrenda á la cuchilla
Del ídolo de sangre
Para hallarlo benévolo y propicio.
Los llevan, convertidos en sayones,
Los que ayer á sú lado combatieron
Por la patria comun, y las fatigas
Los peligros, el hambre se partieron.
De Avellaneda, el jóven desdichado,
El martirio ha empezado:
Un judas ha vendido á los verdugos,
Quizá por vil salario,

Esa noble alma cuyo sueño fuera
Destruir las servidumbres y los yugos
En su patria infeliz, y ya sereno
Como el justo, camina á su calvario.

II.

Oribe con su ejército en la orilla
Del Metan sus blanquiscos pabellones [8]
Ha plantado recien; las banderolas
De su tropa de siervos, los pendones
Flamean en su campo, como colas
De serpientes de fuego; los fusiles
En pabellon relumbran
A los rayos del sol que ya supera
Las cumbres de los cerros y los bosques,
Y la rojiza y federal bandera
Sobre su asta de pié, como señora
Con sus primeras luces se colora.
Los soldados en grupos esparcidos,
Con sus rojos vestidos,
O fuman ó matean
Bullendo en rededor de las fogatas,
Cuyas columnas de vapor ondean
Vibrando como lenguas escarlatas:

Oribe está en su tienda, pero duerme
Sobre un lecho tendido,
Porque de negras sómbras perseguido
En la noche callada
De mármol es para su sien la almohada;
Y piensa en aquella hora
Blanda y consoladora
Para su sueño hallarla.—
Pero horrible y convulsa
Su cabeza maldita
Sobre la almohada de solaz se ajita,
Y su mano parece que repulsa
Y su ceño tambien como lejiones
De estupendas visiones
Que le hielan el tuétano en los huesos
O le hacen como lava hervir los sesos.

Y de repente su cabeza cana
Vé erizadas de Sierpes
Cuyo áspero silbido
Le atolondra la mente y el sentido,
Y dormir no le deja; y se le enroscan
Como anillos de fierro en su garganta
Y le ahogan — y luego de su diente
La picadura siente
Erizado de horror, y su veneno

Se inocula en su sangre,
Y corre por su seno
Corrosivo y voráz, y lentamente
Llega á su corazon en agonía,
Agonia infernal, larga, sombria.

Y luego, en cada pelo
De su cabeza brota
Como sudor de sangre,
Y fluye gota á gota
Por la piel de su cuerpo enflaquecido,
Y se la quema y roe
Cual plomo derretido,
Y horadando sus carnes punzadora
En sus huesos se pega y los devora.

Y luego vé millares de cabezas
Del tronco separadas á cuchillo,
Chorreando sangre aun, en torno suyo
Como un muro erizarse, de amarillo
Y negruzco color; y todas ellas,
Clavando en él pupila
Cavernosa y luciente que vacila,
A su oido gritar con voz profunda:—
« Duerme, duerme, maldito;
Nosotros no dormimos, vijilamos,
Y la hora tremebunda

De la venganza junto á ti aguardamos.
Tu cuchillo ha pasado y repasado. . . .
¿ Ois esos gritos hondos que angustiado
Dejan el corazon ?—Son los jemidos
De las tiernas esposas y las madres,
Y de los pobres niños desvalídos
A quien dejaste, bárbaro, sin padres.»

Y luego horripilado de pavura
Vió una vasta llanura
Toda cubierta de vapor muy denso,
Y en medio de ella humeante
De sangre un lago inmenso;
Y se sintió al momento devorado
De sed inestinguible
Y á beber corrió sangre despechado;
Y una mano invisible
Lo empujó de la orilla, y al impulso
Cayó dentro del lago
Y á manotear convulso
Empezó en él, porque la sangre espesa
Llenaba su pulmon de condenado,
Pesando como azogue en su cabeza:—
Y aquel lago de sangre en que se ahogaba
La sangre era de un pueblo degollado.

Y oyó una voz entonce
Gritar atronadora:—
« Chacal feroz del Uruguayo cerro,
Toda esa sangre que vertistes á hierro
Caerá sobre tu raza maldecida;
Por que esclavo y verdugo solo fuiste,
Ejecutor de los sangrientos planes
Del tirano del Plata ó del demonio
A quien en cuerpo y alma te vendiste.»

Y vió luego á un Demonio y á un Espectro
Osamenta de Fuina en forma de hombre
Corriendo por la faz de una llanura
Despoblada y oscura;
Y el espectro voráz iba delante
Con un puñal en la huesosa diestra,
Y ajitando flamante
Una enseña rojiza en la siniestra;
Y el demonio detras que lo impelía
Gritando le decia:—
« Hiere, verdugo, hiere;
Esclavo, no te pares, adelante !
Bruto, obedece al látigo estallante,
Lleva tu carga, ó blasfemando muere.»

Y Oribe se despierta á tiempo mismo
Que penetra en la tienda el Secretario;

Su cara de un espectro del abismo
La imájen parecía;
Por ella á gotas el sudor corria,
Y de su honda pupila el estravismo
Revelaba el desórden de su mente.
« ¿ Qué me quieres ? » le dice como airado;
« ¿ Qué hay de nuevo ? »
«—Perdon, mi Presidente;[1]
Centenar de salvajes degollados,
Y Avellaneda con Vilela y otros
Que á almorzar han venido con nosotros.—»
« ¿ Como ? qué dices ? salió bien la trama ? »
Y saltando al momento de la cama
De pié se pone Oribe,
Y en su flaco semblante
Asoma el regocijo delirante.

«—A Vuexelencia Sandoval escribe
Que sus órdenes todas ha cumplido,
El prémio reclamando prometido.—»
« Lo ha hecho bien el malvado;
Largamente será recompensado;
Pero despues veremos.»
«—Carta, además, de Jujuí tenemos,
Anuncia que el traidor, el asesino
Lavalle ha sido muerto. . . .»

—« ¿ Dónde ? cómo ? »
— « En un lugar á la ciudad vecino,
Por partida de gauchos federales
Que siempre fueron á la causa leales. »

Y el gozo transfigura del caudillo
El rostro de cadáver amarillo,
Y frenético esclama:— « ¿ y la cabeza ?
¿ Donde está su cabeza ? »
—«Se han llevado
Los suyos el cadáver.»
—« Gran proeza
Han hecho los imbéciles—matarle !
¿ No pudieron acaso degollarle ?
Que busquen el cadáver:—enterrado
Los bandidos, sin duda lo han dejado:
Que arranquen su cabeza del sepulcro,
Yo quiero verla, verla.
¿ Entiendes lo que digo ? hedionda, horrible
Quiero verla ante mí, reconocerla.
Pisotearla, escupirla
Y de regalo á Rosas remitirla»,[5]

III.

Sandoval, entretanto, al campamento
Con los suyos penetra á paso lento

Sus víctimas trayendo maniatadas:
Los soldados de Oribe sus miradas
Echan sobre ellos al pasar sonriendo,
Y burlescos ultrajes
Les dirijen, en alto repitiendo
Con sardónica risa:—«Estos salvajes
Se han venido en camisa y calzoncillos.
Camiseta de cuero les pondremos.
Y descalzos tambien—
Un par de grillos
Para que marchen bien les calzaremos.»

¿Cuál será el gobernador?
El mas viejo ó mas muchacho?
El de la barba sin flor.
Lástima es; parece un guacho
Con los aires de señor.

Y oyen cantar en redor:
Salud al gobernador
Del rebelde Tucuman;
No quiere ya ser traidor,
Y se aparece en Metan
Sin bonete de Doctor.

Le jugaron una treta
Los de la federacion;

Y perdiendo la chaveta,
Como perdiera el baston,
Viene en desnudez completa.

Y oyen cantar en redor,
¡ Salud al gobernador !

Buena acojida le harán
Los federales aquí;
Otro baston le darán;
Camiseta le pondrán
Con bonete carmesí.

Y á zapatear con primor
Aprenderá fácilmente
La *resvalosa* de amor,
Que hace federal ardiente
Al salvaje mas traidor.

Y oyen cantar en redor
¡ Salud al gobernador ! [6]

Así insultan á aquellos desdichados
Por órden de su jefe los soldados.
Ellos, empero, no oyen, ó aparentan
No oir de aquella turva
Los bárbaros ladridos;
Y mudos, cabizbajos, absorvidos

En su propio infortunio,
Donde los llevan ván.—Lo inesperado,
Lo grande, lo fatal de su desdicha
Resignacion y fuerza les ha dado
Para arrostrarlo todo—De su suerte
La misteriosa pájina han leido,
Y en ella han visto...mtuerte,
Martirio sin igual, lenta agonía.
¡De qué airarse, ó quejarse les valdría!

Para uno, sin embargo,
De entre ellos mas amargo
Debe ser aquel trance:
Para medirlo y comprenderlo, alcance
No hay en ojo mortal;—tan solo él mismo
Sondar puede de su alma en el abismo.
Jóven, esposo y padre:
¡Qué pena hay mundanal que no taladre
Su corazon allí!... Patriota heróico
El destino fatal con la corona
Del martirio su frente galardona;
Jóven lleno de vida y fortaleza,
De inteligencia y porvenir fecundo,
Con embrionario mundo en su cabeza,
Sin nada realizar se vá del mundo:—
Esposo tierno, de la esposa cara

La mano del verdugo lo separa:
Padre, deja á sus hijos desterrados.
Pobres, en la horfandad desamparados
Y esta idea terrible que á su mente
Pegada vá, como insaciable diente,
Le abisma la razon, y entre su boca
Espira á veces la blasfemia loca.
¿ Qué es la virtud, gran Dios, con su heroismo
Si la abandonas tú, y aniquilada
Cae al golpe del bárbaro egoismo
Por acatar tu ley que vé ultrajada ?
¿ Para que la potencia
Diste á la intelijencia
De concebir lo bueno en esperanza
Si á realizar su concepcion no alcanza ?

¡ Morir en los albores de la vida !
Cuando está el alma de ambicion henchida,
Cuando en triunfo se huelgan los tiranos,
Cuando la hermosa patria de sus sueños
Agonizante gime entre sus manos !
¡ Morir, sin poder antes,
Manifestando alientos varoniles
Pisotear en el fango á esos reptiles
Que el egoismo rudo hizo jigantes ?
¡ Al acercarse al suelo

Que á su esposa querida
Y á sus hijos hospeda,
Caer por injusto fallo de un destino,
Misterioso para él, entre las garras
De inexorable y bárbaro asesino !—
Terrible situacion de Avellaneda.
Con faz serena empero,
Él afronta lo horrendo de aquel trance
Sin esperanza alguna ni asidero,
Cuyo acerbo afanar nada mitiga.
Si algo en su rostro varonil resalta
De estraño abatimiento
Es de la carne el largo sufrimiento,
La palidéz del hambre y la fatiga,
Y el dolor de las fuertes ligaduras
Que sus hinchados puños
Van corroyendo duras.

A medida que al campo ellos se internan
Por algunos traidores escoltados,
La brutal soldadesca se amontona
Curiosa en torno suyo,
Y crecen los insultos despiadados,
Crece el procaz murmullo,
Como suelen las aves de rapiña
Importunar con su áspero graznido

Las orejas del leon agonizante
Que entre pérfidas redes ha caído...
Murmullo que remeda
El mujido de la onda
Que la peña redonda
Embiste sin cesar;...y Avellaneda
Acosado por él, de cuando en cuando
El noble cuello alzando,
Echa sobre la turba una mirada
De menosprecio y compasion preñada:
Cantar oyendo en derredor,
¡Salud al gobernador!

IV.

Mediodia ha pasado; el campamento
De gala está vestido; los tambores,
Los pífanos anuncian silbadores
Holganzas y festejos,
Y la sonora música á lo lejos
La *resvalosa* toca,
Sonata federal que al regocijo
Y al degüello de víctimas provoca.
Avellaneda oyendo

La ruidosa alegria
Con que celebra el bárbaro enemigo
La victoria tan facil de aquel dia,
Está desde el lugar que por abrigo
A su cabeza han dado.
Por asiento y por cama
Tiene la verde grama,
Y por techo de amparo una carreta,
Entre cuyo rodado
Cabizbajo medita:—dos lanceros,
Paseándose al redor con gran cautela,
Hacen al desdichado centinela:—
Oribe su verdugo ha separado
Los que fueron sus fieles compañeros,
Para que no halle el eco en su agonía
De conocidas voces,
Ni mirada fugaz de simpatía
Entre ceños salvajes y feroces.
Cabizbajo medita en su destino,
Devorando de maiz algunos granos
Que alguien le dió al pasar como limosna,
Y que á su hambriento lábio á duras penas
Pueden llevar sus comprimidas manos.

Resignado ya está, pero su mente
Con ánsia convulsíva lo presente

Sondea de su horror; y luego abraza
La fujitiva traza
Que ha dejado en su rápida carrera,
Y en sus queridos hijos, cariñosa
Se abisma y en su padre y en su esposa.
Les prometió en la triste despedida
Volver pronto á abrazarlos
O en el destierro acerbo acompañarlos,
Y al pisar fujitivo la frontera
Se frustró esa esperanza lisonjera
Por que quiso el destino condenarlos
A perdicion comun.—Pero si aprende
Cuán frájil y quimérica es la dicha,
De cuán poco depende
Su pérdida ó fruicion; nada comprende
De ese oculto y terrífico destino
Que desventuras tantas le previno.
¿Será la providencia?—es imposible.
¿Será el jénio del mal?—no alcanza á verlo.
Providencia, destino, ley terrible
O númen infernal ¿como saberlo?

Y su espíritu audáz convulsamente
Se hunde de lo infinito en la corriente,
Como en caos eternal chispa liviana.
Pero un demonio de figura humana

A interrogarlo llega de repente,
Con benigna sonrisa solapando
De su alma lo feroz y lo nefando.[7]

INTERROGADOR.

¿Juras decir verdad?

AVELLANEDA.

Nada prometo;
Ni tengo que decir.

INTERROGADOR.

Mucho coraje,
Mucho orgullo te queda todavia,
Indómito salvaje.

AVELLANEDA

Sobrado para odiar á los tiranos
Y seides y verdugos inhumanos.
El salvaje eres tú; lo sois vosotros
Que robais, degollais á los patriotas,
Y la moral hollando y la justicia,
Correis sin freno como agrestes potros
En pos de los objetos que codicia
Vuestro instinto brutal siempre siniestro

Doblando las espaldas como esclavos
Al látigo feroz del amo vuestro.

INTERROGADOR.

Insolente ¿ el castigo no recelas ?

AVELLANEDA.

No sé lo que es temor, ni pido gracia.

INTERROGADOR.

Compadecido estoy de tu desgracia.

AVELLANEDA.

Guarda tu compasion, yo no la quiero,
Ni la imploro de tu amo ni la espero.

INTERROGADOR.

Si dices la verdad, si algo revelas
Te salvarán la vida.

AVELLANEDA.

A los demonios
Gran risa causaria
La clemencia de tu amo, pobre siervo;
Y no es bueno que de él nadie se ria.

INTERROGADOR.

¿No eres tú el promotor empecinado
De la liga del Norte,
Que tú misma desgracia ha orijinado?

AVELLANEDA.

Me venaglorio de eso
Y ante Dios y la patria lo confieso.

INTERROGADOR.

La rebelion entonce promoviste
Y la guera civil siendo ministro.

AVELLANEDA.

La guerra contra el bárbaro tirano
Ignominia del nombre Americano.

INTERROGADOR.

Y por hecho tan grande despues fuiste
Gobernador de Tucuman....

AVELLANEDA.

Y fuera
Si Rosas tantos siervos no tuviera.

Era libre mi pais, le habeis traido
Los viles hierros que arrastrais vosostros;
Infames como nadie habeis querido
Vuestra infamia lanzar sobre los otros,
Sin piedad degollando á los que bravos
Al rostro os arrojaron de repente
Esa librea que llevais de esclavos.

INTERROGADOR.

A salvarlo venimos de traidores.

AVELLANEDA.

Los traidores serán los que al tirano
La Patria de Belgrano
Maniatada y exánime vendieron,
Y de su odio salvaje y sus rencores
Instrumentos tan dóciles se hicieron.
¿Qué principio, qué causa en esta guerra
Vosotros defendeis? porqué de sangre
Inundais y de llanto nuestra tierra,
La cuchilla paseando de esterminio?
Bien lo sabeis, para que en ella asiente
Rosas vuestro amo el bárbaro dominio,
Y con profusa mano en recompensa
Vuestras viles pasiones alimente.

Traidores nos llamais porque pedimos
Las libertades que heredar debimos.
Porque ser pretendemos ciudadanos;
Porque queremos leyes y justicia,
No el capricho brutal de los tiranos.
¿ Quiénes son, decididlo, los traidores ?
¿ Nosotros ó vosotros vencedores ?

INTERROGADOR.

¿ Quién al ilustre federal Heredia
Hiciera asesinar ?

AVELLANEDA.

Ya te comprendo.
Quieres, sayon, para engañar al mundo,
Con los veraces hechos de la historia
La trama componer de una comedia,
Y mis palabras á tu antojo urdiendo
Manchar con ese crímen mi memoria,
Mi nombre difamar; pero te engañas,
Son harto conocidas
Las mentiras que usais, las torpes mañas.
Que especulais con el terror y el crimen,
Con el llanto y dolor de los que gimen,
Y que cínicos, nécios impostores
Sois á mas de asesinos y traidores

El mundo sabe; y mentirás en vano,
Porque la historia á mí me hará justicia
Como la hará á vosotros y al Tirano.

INTERROGADOR.

¿Sabes quién soy?

AVELLANEDA.

No sé.

INTERROGADOR.

Maza me llamo.

AVELLANEDA.

Mónstruo la humanidad y sayon tu amo.
Degollador, tu nombre me horroriza
Porque la humana fiera simboliza:
Puedes irte de aqui porque yo nada
Con vos tengo que hacer; como acostumbras
No vengas con tu estúpida mirada
La víctima á insultar. Tú, Sol que alumbras
Y derramas calor sobre mi frente,
Lo que has visto de mí en la hora postrera
Podrás decir á la futura jente.

INTERROGADOR.

Salvaje, tú deliras, ó estás loco.

AVELLANEDA.

Para tu alma feroz, inmundo foco
De estupidez y corrupcion, deliro.

INTERROGADOR.

Tu delirante impavidez admiro.

Y bajando la vista Avellaneda,
Volvió á sentarse en medio del rodado;
Y el cínico sayon de las *mas-horca*
Se retiró de allí desconcertado,
Fulo y mordiendo con rabioso diente
El aguijon de su palabra ardiente.

V.

Avellaneda entonce, quebratado
Por dos dias de insomnio y de fatiga,
Por el hambre y las ánsias de su mente,
Como en mullida cama

Se echó á dormir sobre la verde grama.
Y pronto un sueño blando
Sus párpados cerrando
Todo pudo olvidar; pero despierta,
Febriciente quizá su fantasía,
Entonce empezó á ver vivo y de bulto
Lo misterioso, lóbrego y oculto
Que el tiempo en sus honduras escondía.

Y vió de una mirada
Una inmensa llanura
De cerros y de bosques salpicada
Y vestida de flores y verdura.
Una atmósfera densa, semejante
Al paño de un cadáver, la cubría;
Y al traves de esa atmósfera abrumante,
Como un globo de hierro encandecido,
En el fondo de cielo renegrido,
Rojizo y como inmoble y vaporoso,
Un astro sin calor se descubría.

Y en la llanura aquella
De negros horizontes,
Sierras había y montes
Y pueblos y ciudades,
Y lagunas y rios
Rojos como de sangre ya cuajada,

Y brutos carniceros y bravíos
Rastreando de los hombres la pisada.

Y los hombres de pueblos y campañas
Parecian estúpidos carneros
Y toros y salvajes alimañas
Sin fuerza ya, ni brios altaneros,
Avezados por larga servidumbre
A doblar la cerviz con mansedumbre
Bajo el golpe del látigo ó del hierro,
Y á moverse en comun como tropilla
De caballos al ruido del cencerro.

No habia entre ellos hombres, ó ninguno
Hombre ya en el semblante parecia;
Porque el miedo serval, la tiranía,
De esos rostros humanos
La estampa del creador borrado habia
Todos los rasgos de su oríjen bellos,
Dejando solo en ellos
La marca de criaturas
Dejeneradas, tétricas ó impuras...

Y Avellaneda con asombro viendo
Degradacion tan grande
Del hombre obra de Dios, el alma llena
Se sintió de honda pena,

Y concebir turbado no podia
El misterio de aquello que veía.
Y una voz dijo entonces:—
«Olvidaron la ley del cristianismo,
No supieron unirse como hermanos;
Esclavos los hiciera el egoismo,
Brutos la tiranía y los tiranos.»

Y vió luego entre aquellos moradores
De pueblos y campañas,
Convertidos en mansos animales,
Rondar como tropillas de chacales
De hienas y de lobos carniceros,
Como en torno á un corral, buscando hartura,
O de vacas de leche ó de carneros,
Andar suelen humeando en noche oscura.

Y las fieras aquellas devoraban
Hombres doquier en campos y ciudades
Que parecian conservar apenas
Un resto de calor entre las venas;
Y ensangrentar ó arrebatar dejaban
Muchos hasta sus hijos y mujeres
Por conservar la vida y el reposo
De su sueño brutal y sus placeres.
Y los mas avisados se escondian
Transidos de terror en sus cabañas,

Mientras fuera en los pueblos y campañas
Los huesos de las víctimas crujian,
¿Qué me importa? diciendo; y á su turno
La cuadrilla feroz que lo rastreaba
Como á estúpida grei los devoraba.
Y ninguno de aquellos que escondidos
Escuchaban los ayes y jemidos
Daba señal de sentimiento humano,
Se movía á piedad, tenía aliento
Para salvar la vida del hermano
Que devoraba el animal hambriento:—
Porque el rudo egoismo embrutecidos
Los tenía, y el miedo entumecidos.

Y aquella que veia Avellaneda
Misteriosa y feroz carnicería
De víctimas humanas,
Una escena infernal le parecia.
¿Cómo, se decia él, un pueblo entero
Se deja degollar como un carnero,
Y no se unen sus almas y sus brazos
Para hacer á esas fieras mil pedazos?
Y una voz responder oyó sonora;...
«La bárbara cuadrilla los devora
Y los ata el terror, porque cada uno
Solo en sí piensa y su egoismo adora:

No puedes comprender lo nunca visto. . . .
Cuando el *verbo* del Cristo
Su inteligencia embrutecida alumbre,
Tiranía no habrá ni servidumbre
Ni serán como humildes animales
Devorados los hombres uno á uno
Por cuadrillas de lobos y chacales. »

Y á una especie de bestia ó Minotauro
Forma de toro y de demonio y de hombre,
Mónstruo tal vez de cópula sin nombre,
Vió á orillas de un gran rio y en el centro
De una grande ciudad, recluso dentro
De un informe edificio, parecido
A una cueva infernal, donde circuido
De terror y misterio, parecia
Urdir con el demonio entre tinieblas
Trama alguna maléfica y sin nombre
En el lenguaje familiar del hombre.

Y el mónstruo aquel tenía
A los muchos y mansos moradores
De la ciudad aquella
En convulsion perpetua de terrores,
Por que de carne humana se nutria
Como el mónstruo jigante Polifemo,
Era en poder para dañar supremo

Como el jénio del mal y las tinieblas,
Y sangre, sangre sin cesar pedía;
Y porque el pueblo aquel, en la locura
De su rudo egoismo y su pavura,
Todo él en holocausto se ofreciera
Para calmar la furia carnicera
De aquella bestia con figura de hombre
Que en idioma humanal no tiene nombre.

Y el Minotauro aquel ¡ misterio horrible !
Era el rey de las hienas y chacales
Que con hambrienta boca devoraban
La poblacion aquella
Convertida en tropilla de animales;
Y su hedionda caberna les abría
Cuando abrumarla de terror quería,
Y frenéticos ellos se lanzaban
A devorar la presa que su dedo
Les señalaba, trémulo de miedo;
Porque el mónstruo de raza maldecida,
Cobarde como estúpido en fiereza,
Veia en sus terrores á toda hora
Doquiera vengadora
La espada de Damocles suspendida
Sobre su infame y bárbara cabeza.

Y el pueblo aquel de mansos animales

Que la bestia feroz así diezmaba,
Como ante un ser divino,
Dispensador de bienes y de males,
A sus plantas de hinojos se postraba;
Y por atraerse el patrocinio suyo
Con su sangre y perpétuas alabanzas
Cebaba sus rencores y su orgullo.

Y una voz dijo entonces:—
«Del Cristo y de su dogma renegaron
Por terror, ignorancia y egoismo,
Y á los pies como brutos se inclinaron
De un ídolo sangriento del abismo. . . . »
Y luego de la esfera
Entre nube lijera
Vió bajar como un ánjel de esperanza;
Y el ánjel con tristeza
Contemplándolo estuvo, y sonriendo
Le puso una corona en la cabeza.
Y la corona le arrancó un jemido
Y ensangrentó su frente,
Por que era de laurel entretejido
Con agudas espinas; y oyó entonce
Sonar por el espacio vagamente:

Alma noble, tu lucha
Finalizó en la tierra,

La aurora ha amanecido
De tu inmortalidad.
Para que pueblos haya
Preciso es que haya màrtires
Que mueran como el Cristo
Por la fraternidad.

Y luego parecióle, como ocultos
Entre nube de grana vaporosa,
Columbrar unos bultos
Que le hablaban sonriendo
Con inefable amor, y hácia él tendien do
Sus brazos y mirada cariñosa.

Y miró y vió á lo lejos,
Como entre blanca nube á los reflejos
De un sol crepuscular, triste y llorosa
Una mujer hermosa,
Con el cabello negro destrenzado;
Y asídos á sus palmas
Dos pequeñuelos niños
Lagrimeando tambien; y detras de ellos;
Triste y meditabundo,
Un hombre de blanquísimos cabellos.

Y todos cuatro echaban
Al horizonte oscuro,
Lleno de angustia á veces,
Mirar vago y profundo;
Como si en él buscase
Su corazon ansioso
La lumbre de algun astro venturoso.
Y los dias pasaban
Y el astro apetecido no volvía,
Y el horizonte siempre estaba oscuro
Para ellos, y jimiendo suspiraban
Porque rayo ninguno en él lucía.

Y aflijido miraba Avellaneda
De aquel grupo de seres desdichados
La espectacion ansiosa,
Y clavó en él sus ojos desalados;
¡ Funesta aparicion ! su anciano padre,
Sus hijos y su esposa
Creyó reconocer, entre la bruma
Que los cubria como blanca espuma;
Y se lanzó frenético á abrazarlos,
Y al ir yá, ya á estrecharlos
Sintió un frio de hierro en su garganta,
Y desfallece lánguida su planta
Como cortado leño, y con voz mústia

Exhala un ay! de inesplicable angustia,
Y se pone de pié todo ajitado;
Oyendo resonar aturdidores
En el campo fatal los atambores.

VI.

El sol ya se escondia
Detrás de las montañas,
Y al traves de los árboles jigantes,
En las hondas quebradas esparcía
Aquella vaga y uniforme lumbre
Que á los objetos dá formas estrañas
Indecisas, redondas ó flotantes.
Arrebolado el cielo
Con nubes de carmin y de topacio
Sobre azul transparente, parecía
Un magnífico velo
Tendido en la portada del palacio
De lo infinito, eterno y absoluto....
La brisa de los Andes removía
La copa de los cedros y lapachos,
Y escondida en las ramas
De los naranjos verdes ó quebrachos,

Su jemido la tórtola ó su arrullo
Mezclaba á los armónicos rumores
Del zorzal y otros pàjaros cantores;
Y de la tierra todo parecia
Alzarse al cielo un vividor murmullo,
Un cántico de hosana y de alegría.
De los pechos humanos solamente
Se exhalaban sollozos ó jemidos,
Gritos de sangre ó de furor demente
De verdugos, tiranos y oprimidos.

Aquel canto de paz daba consuelo,
Aquella dulce y palpitante calma
De la tierra y del cielo
Convidaba á vivir al desdichado
A inevitable muerte condenado,
Y daba aliento á el alma
Para engolfarse, libre de apetito
Carnal y ánsia terrestre, en lo infinito.

Contemplando aquel cuadro Avellaneda
De la natura, estático se queda,
Y se remonta al cielo con la mente;
Pierde de vista esta rejion de lodo
De tinieblas y angustias,
Y olvidado de todo
Ni el escozor de su desdicha siente.

Y en mar de resplandores eternales,
De cuyo seno fluyen
De la vida infinita los raudales,
Se abisma mas y mas, y anonadado
Siente su ser carnal, y transformado
En inmortal espíritu, se mece
En piélago de lumbres y armonías;
Y en su mirada brillan como efluvios
De la inmortalidad, y en su cabeza
Aureola de candor y de belleza:
Y el aroma vivaz, puro, bendito
De otro mundo respira,
Y realizar en éxtasis parece
Su comunion con Dios y lo infinito.
Aspiracion ideal por que la mente
Peregrinando del mortal delira.

Cesado, entanto, habia
De los roncos tambores
El ruido aturdidor, y solamente
Un murmullo sordísono se oía;
Mientras absorto el mártir en visiones
De soñadas rejiones,
Inmoble está de pié, como si su alma
Estuviera en el cielo suspendida.
Entonce ante su vista se presenta

Un jóven oficial con tres infantes,
Y saludo cortés haciéndole antes,
En voz alta, le dice, y conmovida:—
«Prepárate á morir.»...Sereno el mártir
Señales de emocion no manifiesta,
Y con acento firme le contesta:—
«...Tiempo hace que lo estoy, pero un cigarro
Antes fumar quisiera»...Silencioso
Se lo dá preparado y encendido
Aquel jóven de pecho generoso;
A su diestra se pone, y al momento
Lo encamina al suplicio á paso lento.

No distante de allí con arma al hombro
Taciturno y de pié, yá está formado
El cuadro militar, y en torno suyo,
Hirviendo con sordísono murmullo,
Mil cabezas se ven de rojo viso,
Curiosidad ó asombro
O sonrisa brutal manifestando,
Y encima de los árboles contiguos
Otras tantas los ojos asomando.

En medio de aquel cuadro silencioso,
Colocados en línea
Cinco bultos de rostro muy tostado,

De luenga barba y pelo desgreñado,
Inmóviles resaltan, como bustos
Del infortunio adustos;—
El cuerpo varonil tienen cubierto
Con harapos de lienzo blanquecino
El pecho como el cráneo descubierto,
Y sujetos en cruz con soga dura
Sus puños por la espalda, donde muestra
Cara horrible y siniestra
Un grupo de sayones
De roja camiseta y tez oscura.
Cabizbajos están, como rendidos
Bajo el peso de golpes repetidos
De infortunio fatal; pero cuando alzan,
O mirada furtiva
Llevan en rededor con frente altiva,
Se vé que son soldados
A encarar el peligro,
La miseria y la muerte acostumbrados.

Mas de repente el cuadro se conmueve
Y la chusma en redor, como arboleda
Al resoplido leve
De brisa de los Andes, y hácia el punto
Por donde entra fumando Avellaneda,
Millares de cabezas en conjunto

Se inclinan, y asombradas,
De su órbita saliendo,
Lo ojean, lo examinan
Otras tantas estùpidas miradas;
Y un « mueran los salvajes, » estupendo
Grito de ultraje y convenida afrenta,
Sobre la frente impávida del mártir
Como tronido aturdidor revienta.

Y oye cantar en redor:
Salud al gobernador
Barbilampiño y travieso;
Contrito y lleno de amor
Viene á recibir el beso
Que dá la Patria al traidor.

Quedará purificado
De toda mancha y pecado
Como arrepentido está.
Y del bienaventurado
La eterna paz gozará.

Los muertos no se revelan
Contra la federacion,
Ni traidores jamás son;

Ni en su descanso recelan
Fiebre de loca ambicion.

Maniatado tambien sin mas vestido
Que un liviano tejido,
La cabeza desnuda
Al frente de sus leales compañeros
Lo hacen parar... y con mirada muda
Parecen saludarse,
Y darse parabienes lisonjeros
Por que vuelven á hallarse
En el lugar de su comun suplicio,
Y ofrecer á la Patria pueden juntos
Su inmaculada sangre en sacrificio.
Pálido el rostro está del jóven mártir,
Pero en su bella frente
Sombreada por cabello renegrido,
En su mirada de águila potente,
En su ademan erguido,
La dignidad resalta y la nobleza
De su grande y feraz naturaleza.

La señal dá un clarin, y estrepitosa
La música á tocar la *resvalosa*
Empieza de repente,
Y entre la chusma aquella el regocijo

Circula como eléctrica corriente.
Al oir la señal, cinco sayones
Sobre las tristes víctimas se lanzan
Y las tienden de espaldas á empellones;
Y mientras ellas roncan y patean
O en convulsiva lucha forcejean,
En su pecho clavando una rodilla
Y asiendo con la izquierda su cabello,
Al compás de la horrible resvalosa
Les hunden el cuchillo por el cuello.
Se oyen ayes y gritos sofocados
Y hervidero de sangre á borbollones,
Y de pies á cabeza ensangrentados
Se enderezan altivos los sayones.

Todo entonce es silencio;
De horror sobrecojida
Parece aquella turba, acostumbrada
Al crímen y á la sangre como al yugo
Del que es á un tiempo mismo
Su tirano implacable y su verdugo,
Y en el dolor humano su deleite
Encuentra como un jénio del abismo.
Empero, de pié queda
Viendo ante sí los troncos palpitantes
De sus amigos degollados antes,

De horror estupefacto, Avellaneda:
Su verdugo feroz, en el delirio
Brutal de la venganza, calculando
Lo mas fino en crueldad, lo mas nefando
Para hacer mas acerbo su martirio,
Prolongarlo ha querido, y su alma impía
Deleitar observando
Del mártir el dolor y la agonía.
Avellaneda, en tanto,
Impasible, no muestra
Flaqueza ni quebranto
En el terrible trance; y hácia el cielo,
Donde tiende el crepúsculo su velo
De negruzco color, de cuando en cuando
La pupila fosfórica llevando,
Con estóica firmeza
Burlar de su verdugo
Parece la antropófaga fiereza.

Pero llega para él la hora postrera.
Vuelve á tocar la música sonora
La sonata agorera
De regocijo y de matanza fiera,
Y un sayon se aproxima, y en la diestra
Resplandeciente daga
Sonriendo al mártir de la Patria muestra;

Su noble cuello con el filo amaga
Varias veces; lo hiere y sangre fluye.....
Y se hiergue indignado, y arrojando
Mirada que electriza el torpe bando,
Exclama el mártir:— «Bárbaro, concluye;[8]
No mas me martirices»—Fiero entonces
El sayon de estatura jigantesca
Lo tiende boca arriba; del cabello
Lo agarra, comprimiendo con la planta
Su pecho varonil, y en un momento
A cuchillo cercena su garganta,
Como rebana el árbol de un achazo
Del montaraz el formidable brazo.
Un ay! resuena de profunda angustia,
Un áspero ronquido, y un murmullo,
Y el sayon levantando, ébrio de orgullo,
Muestra á la turva de terror transida
En la sangrienta mano suspendida,
Radiante de prestijio y de grandeza,
Del mártir de la Patria la cabeza.[9]

Se vió entonce á una especie de esqueleto,
De tez de azufre y lívida mirada,
Soltar estrepitosa carcajada;
Y aflojando la rienda á su caballo
De aquel sitio alejarse como un rayo,

Con voz ronca y preñada de rencores;—
« Mueran, gritando, mueran los traidores: » —
Y millares de bocas repitiendo
Aquel grito feroz, suena estupendo.

Montevideo, Septiembre de 1849.

NOTAS.

CANTO PRIMERO

1. El *Pacará* es el árbol mas robusto y corpulento de Tucuman. Hay allí muchos cuya copa daría sombra á mas de cien jinetes.

2. *Sus casas son verjeles.* No es el pobre de Tucuman como el pobre de Europa: habita una pequeña casa mas sana que elegante, cuyo techo es de paja olorosa. Un vasto y alegre patio la rodea, el que jamás carece de árboles frutales, de un jardin y de un gran número de aves domésticas. (Memoria descriptiva sobre Tucuman, publicada en 1834, por el señor Alberdi.)

3. El capitan Andrews, en su viaje á la América del Sud, publicado en Lóndres en 1827, no dice como yo que Tucuman es bellísimo, sino que: «en punto á grandeza y sublimidad, la naturaleza de Tucuman no tiene igual en la tierra; que Tucuman es el jardin del Universo.» (Memoria de Alberdi.)

4. *Poleo.* Arbusto de cinco piés, cuya fragancia se parece á la del tomillo.

5. En Tucuman se formó el primer ejército destinado á ar-

rojar del alto Perú (hoy Bolivia) á los españoles, que lo habian vuelto á ocupar despues de la desastrosa jornada de Huaqui en 1811. Belgrano, general de ese ejército, hizo construir, á una legua de la ciudad de Tucuman en una vasta planicie, un edificio para el acuartelamiento de sus tropas, llamado *Ciudadela*, y como á dos cuadras de ella, una casa para su habitacion. De estos dos edificios no quedaban sino ruinas cuando el señor Alberdi los visitó en 1833, ruinas cubiertas por el pasto y circuidas de soledad y de silencio.

6. El doctor don Bernardo Monteagudo, tucumano, fué miembro de la primera Asamblea Constituyente de las Provincias Unidas, inaugurada á principios del año 1813, y promotor ó sostenedor elocuente de todas las grandes medidas dictadas por ella. Como redactor de la *Gaceta*, del *Martir ó Libre*, del *Independiente* y del *Grito del Sud*, se mostró, despues de Moreno, sin rival en la prensa periódica, no solo por el nervio y la originalidad de su estilo, sino tambien por la precision y alcance de sus ideas. Hizo las campañas de Chile y del Perú en clase de auditor de guerra del ejército de los Andes. Despues de la ocupacion de Lima por este ejército, el general San Martin, protector del Perú, lo nombró su ministro. En 1825, desempeñando iguales funciones bajo la administracion de Bolivar, fué alevosamente asesinado en las calles de Lima, en lo mejor de su edad.

7. No esperaron los españoles que Belgrano los buscase en el Perú. Un ejército suyo, al mando de Tristan, invadió á Tucuman y fué completamente derrotado por el general Belgrano, en el campo de la Ciudadela, en septiembre de 1812. Esta victoria, y la de Salta, ganada por el mismo general en febrero del año siguiente, aseguraron la independencia de la república. Desde entonces el campo de la Ciudadela, fué apellidado *Campo de honor*, y Tucuman, *Sepulcro de los tiranos*.

8. En 1816, un Congreso Argentino firmó en Tucuman la

declaracion de la independencia de las Provincias Unidas.

9. En el transcurso de la revolucion, Tucuman ha presenciado varias veces el duelo á muerte de las facciones argentinas; pero tiene la gloria de haber casi siempre combatido por el principio civilizador y progresivo de la revolucion de Mayo, y contra las facciones retrógradas y bárbaras que pretendian sofocarlo. No así Córdoba, adherida al federalismo reaccionario desde Artigas.

10. Despues de escrito este canto, hemos sabido que Avellaneda no nació en Tucuman, sino en Catamarca, cuando este territorio estaba unido al de Tucuman. Pero sus padres le llevaron muy niño á esta ciudad, donde se crió hasta que lo enviaron á estudiar á Buenos Aires: así lo tenian todos por tucumano.

Agregaremos, para que se conozca mejor á este infortunado jóven. En la administracion Balcarce, año 1833, fué co-redactor del *Amigo del Pais*, periódico de oposicion á Rosas y su partido. En 1834, á la edad de 20 años, recibió el grado de doctor en leyes en la Universidad de Buenos Aires. Poco tiempo despues se retiró á Tucuman, residencia de su familia, donde no tardó en ocupar un puesto importante en la majistratura.

Cuando el asesinato del general Heredia, en 1838, era presidente de la Sala de representantes y del tribunal de justicia. En la administracion subsiguiente, fundó un periódico de iniciativa, cuyo nombre no hemos podido averiguar, en el cual, con todo el brio y el calor de su alma, invocaba el anatema de los pueblos contra la tiranía de Rosas y de sus aliados los caudillos de las provincias. Durante el gobierno de Piedrabuena, contribuyó decisivamente, tanto por la prensa como por medio de su influencia, al pronunciamiento de Tucuman contra Rosas, el cual se verificó solemnemente el 7 de abril de 1840. El gobernador Garmendia, sucesor á Piedrabuena, lo hizo su ministro general, y entonces realizó su gran pensamiento de

la *coalicion del Norte*, á la cual se adhirieron por un pacto formal las provincias de Tucuman, Salta, Jujuy, Catamarca y la Rioja, entrando poco despues á ella la de Córdoba. Bajo el gobierno del general Madrid, continuó desempeñando las funciones de ministro general. En Mayo de 1841, recibió la investidura de gobernador de Tucuman por delegacion del general Madrid, quien se puso en marcha para la Rioja con cerca de dos mil tucumanos y salteños, con la mira de incorporarse al general Lavalle y abrir la campaña de Cuyo.

11. Entre la Ciudadela y la casa de Belgrano se levanta humildemente la pirámide de Mayo, la que mas bien parece un monumento de soledad y de muerte. Yo la ví en un tiempo circundada de rosas y alegría..... (Memoria de Alberdi). Este monumento se erijió en conmemoracion del 25 de Mayo, despues de la victoria de Tucuman.

12. Fisiolójicamente hablando, lo que llamamos muerte no es mas que una transformacion de la vida. La materia orgánica se disuelve, separándose los elementos simples que la componen para combinarse de nuevo con otros análogos ó diversos, y reaparecer bajo otra forma animada. ¡Quién sabe si la vida misma no es el resultado de la combinacion de los elementos orgánicos, conforme á cierta misteriosa ley de proporcion y de equilibrio, cuya perturbacion origina la muerte, ó la disolucion del cuerpo animado!

13. «Tan reciente desengaño debe llenar de un terror religioso á los que promueven la gran causa de estas Provincias. En vano sus intenciones serán rectas, en vano harán grandes esfuerzos por el bien público, en vano convocarán congresos, promoverán arreglos y atacarán las reliquias del despotismo; si los pueblos no se ilustran, sino se vulgarizan sus derechos; si cada hombre no conoce lo que vale, lo que puede, y lo que se le debe, nuevas ilusiones sucederán á las antiguas, y despues de vacilar algun tiempo entre mil incertidumbres, *será tal*

vez nuestra suerte mudar de tiranos, sin destruir la tiranía.» (Moreno. Traduccion del Contrato Social.)

14. Antes de formarse la coalicion del Norte, Avellaneda era poco conocido fuera del recinto de las provincias: la realizacion de ese pensamiento audaz nacionalizó su nombre y le atrajo las miradas de todos.

15. *Sinsacate* lugar de la provincia de Córdoba.

16. La primera protesta armada contra la tiranía de Rosas, la hizo la provincia de Corrientes. El resultado de ella fué la batalla de Pago-Largo, sucedida en Marzo de 1839, en la cual perdió la vida su gobernador Beron de Astrada, y fueron degollados cerca de mil prisioneros correntinos, quedando aquella provincia sometida á Rosas.

17. El 7 de Noviembre de 1839 fué aniquilada en el combate de Chascomus la insurreccion del Sud de la provincia de Buenos-Aires.

18. La Legion libertadora, formada en Martin Garcia, obtuvo bajo el mando del general Lavalle la victoria del Yeruá, cuyo inmediato resultado fué la libertad de Corrientes. Posteriormente, en abril de 1840, esa Legion, convertida en Ejército Libertador, alcanzó en D. Cristóbal un triunfo indeciso.

19. El pronunciamiento de Córdoba contra Rosas se verificó en octubre de 1840. El regimiento de cívicos pardos de infantería fué el nervio principal de aquella insurreccion. El general Madrid que venia á apoyarla con una division de tucumanos entró en Córdoba al otro dia de sucedida.

20. La batalla del Sauce-Grande se dió en Julio de 1840. Rechazado el ejército Libertador de las fuertes posiciones que ocupaba el enemigo, bajó el Paraná en buques franceses, y desembarcó en San Pedro, provincia de Buenos-Aires, el 5 de Agosto.

21. Habiéndose retirado el ejército Libertador de la provincia de Buenos-Aires, fué alcanzado y batido por el de Ro-

sas en el Quebrachito ó Quebracho, de cuyas resultas los patriotas Cordobeses, uniéndose á los restos de aquel ejército, se internaron en las provincias, y Oribe ocupó á Córdoba.

22. El *Chacho*—caudillo de los llanos de la Rioja: su verdadero apellido es Peñalosa.

23. En enero de 1841, el general Pacheco, con un cuerpo de ejército sorprendió durmiendo en San-Calá una fuerte division del ejército Libertador, cuya mayor parte fué esterminada. Allí degollaron á Rico, el héroe de la insurreccion del Sud, y gran número de los heróicos cívicos de Córdoba. Sus comandantes Gijena y Villamonte, y veinte y tantos oficiales mas, cayeron prisioneros y fueron pocos dias despues degollados en la Pampa del Gato por órden de Oribe, quien hizo clavar sobre palos algunas de sus cabezas en la plaza y en el paseo de Córdoba.

24. El *tigre* de los *llanos*—Sobrenombre popular de Juan Facundo Quiroga, caudillo de la Rioja.

El *Apóstata fraile*, mencionado en la estrofa siguiente, es Aldao, gobernador de Mendoza, una de las provincias de Cuyo, y general del ejército Cuyano.

CANTO SEGUNDO.

1 *La Cruz del Eje*,—lugar de la provincia de Córdoba, fronterizo á Tucuman.

2. El general Acha yendo con trescientos hombres á incorporarse al general Lavalle que andaba por Famatina, se encuentra en Marzo del 41, en Machigasta, con el grueso del

ejército del fraile Aldao; y no quedándole otro medio de salvacion, lo carga inmediatamente á lanza, y abriéndose paso por entre sus espesas filas, logra escapar con la mitad de los suyos.

3. En mayo de 1841, el general Madrid gobernador de Tucuman, delega el mando en Avellaneda, su ministro general, y con cerca de dos mil hombres se pone en marcha hácia la Rioja, buscando su incorporacion al general Lavalle, quien forzado á retirarse, lo encuentra en Catamarca. Despues de conferenciar entrambos, Madrid continúa su marcha, y Lavalle con su division de seiscientos á setecientos soldados del ejército Libertador viene á Tucuman con la mira de formar allí otro ejército para su defensa. El general Acha manda la vanguardia del ejército de Madrid.

4. El Aconquija con su corona de nieve perpétua se levanta veinte y cuatro leguas al poniente de la ciudad del Tucuman, y el Tafí como á doce leguas en la misma direccion. Sobre una de las faldas de este monte está situada una hacienda perteneciente á los padres de la esposa de Avellaneda.

5. Los hechos de Lavalle y Avellaneda son ya del dominio de la historia. No se estrañará por lo mismo pongamos en boca de Avellaneda opiniones sobre aquel y otros jenerales, que él mismo no tenia embarazo en manifestar á sus amigos de palabra y por escrito.

6. Desde el año 1821 se enseñaron en la Universidad de Buenos Aires la Filosofía sensualista de Condillac y de Tracy, y los principios de Legislacion del utilitario Benthan. Facil es calcular qué direccion darian á las inteligencias jóvenes doctrinas que entrañan en sí el materialismo y el ateismo, y desconocen la nocion imperativa del deber, y la influencia que por ese medio ejercerian sobre la sociedad culta de Buenos-Aires y de las provincias, de donde afluia constantemente la juventud á aleccionarse con ellas. Cuando una doctrina cualquiera se difunde en la sociedad, el sentido comun deduce naturalmente

sus consecuencias lógicas, y las lleva como regla infalible al ejercicio de la vida práctica. (1)

7. Ibarra, gobernador de Santiago del Estero. Este proyecto de invasion á Santiago no lo verificó Avellaneda á causa del inesperado arribo á Tucuman del general Lavalle, quien, alucinado por cálculos erróneos, le indujo á desistir de ella, y á licenciar las milicias que tenia reunidas.

8. *El Tipa*, es un árbol bajo y de tupida copa, cuyo grueso tronco tiene la figura de una pipa.

9. En Agosto del 41, el general Acha con 400 hombres, mitad infantes, se encuentra en Angaco, provincia de San Juan,

1. La enseñanza filosófica á que se refiere el ilustre poéta, mas que sistemática fué emancipadora, por la forma y por el fondo, pues tuvo por objeto abrir la razon de la juventud y avezarla al exámen franco de todos los problemas que la filosofía abarca en su generalidad, rompiendo con los viejos métodos escolásticos y con el yugo de las doctrinas impuestas dogmáticamente.

La consecuencia de esta direccion dada á los espíritus se pone de bulto, si se representan sus frutos por nombres propios. Los apóstoles y los mártires de la reaccion contra la política de Rosas, fueron discípulos de la Universidad de Buenos-Aires durante la época mencionada, comenzando por el mismo Sr. Echeverria que escuchó las lecciones del Dr. D. Juan Manuel Agüero en el curso correspondiente al año 1822. Avellaneda, Dulce, Angel Lopez, y tantos otros cuyas nobles y luminosas cabezas cayeron en el patíbulo del tirano, amaron la libertad porque habian emancipado la razon y robustecido sus fuerzas morales en la escuela á que se refiere el Sr. Echeverria.

La dominacion de Rosas echó raices en el terreno viejo de la colonia, terreno que apenas comenzaba á desmalezarse, cuando la reaccion social hácia atrás, se inició bajo los auspicios del oscurantismo intelectual que distinguia á los colaboradores letrados del réjimen de las facultades estraordinarias.

Esto es histórico y puede demostrarse con nombres propios. Véase la obra titulada: "Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública en Buenos Aires"—en el capítulo consagrado al estudio de la Filosofia. (J. M. G.)

con el ejército del fraile Aldao, fuerte de 2,200 hombres; y batiéndose con él desde las once de la mañana hasta el anochecer lo despedaza completamente, toma todo su material de guerra y mas de 400 prisioneros, perdiendo en la refriega cerca de la mitad de sus bravos. Al otro dia se retira á San Juan distante siete leguas del lugar del combate. Allí Benavides, regresando con tropas de refresco, lo sorprende, en momentos que sus soldados yacian como aletargados por el viento Zonda, y acuchilla y dispersa su caballería. Acha se defiende dos dias en las calles de San Juan con un grupo de infantes y artilleros; pero sitiado, sin víveres ni municiones, y esperanzado en que el general Madrid llegue á salvarle, se encierra con unos cuantos héroes en la torre de la Catedral, resuelto á morir lidiando. Benavides amenaza derribarla á cañonazos sino se entrega á discrecion. El socorro esperado no llega: Acha exige garantia de vidas: Benavides la promete sin reserva alguna, y el héroe de Angaco rinde sus armas, llorando de despecho. El 16 de Setiembre, el traidor Pacheco escribe á Rosas desde el Desaguadero, lo siguiente:—«El titulado salvaje general Mariano Acha fué decapitado ayer, y su cabeza puesta á la espectacion pública, en el camino que conduce á este rio, entre la Represa de la Cabra y el Paso del Puente.»

10. La espedicion de Avellaneda á Salta tenia doble objeto —escarmentar á los Santiagueños que la hostilizaban, y reclutar gente para engrosar el ejército tucumano.

11. Antes de internarse Oribe á Tucuman, estuvo algunos dias campado en el Tala, lugar fronterizo de su territorio.

12. *El Tio*—departamento de la provincia de Córdoba, fronterizo á la de Santa-Fé.

13. Este grupo de cordobeses, eran 80 cívicos de infantería, únicos que habian quedado en pié del bizarro regimiento que encabezó la revolucion de Córdoba. Concluido el combate de Famaillá, aquella pequeña columna de bravos permanecia

inmoble, esperando resignada su destino. Oribe á caballo con su séquito, se les pone delante, y esclama.—«El que quiera salvar la vida grite, *Viva la Federacion!*» —Ninguno se conmueve ni despliega el labio, y todos son inmediatamente degollados.

14. El llamado *Monte Grande,* distante ocho leguas de la ciudad de Tucuman. El combate se dió en 19 de Setiembre de 1841, al amanecer. La fuerza tucumana se componia de 1,200 caballos, 80 infantes y 3 piezas de campaña; la enemiga de 1,500 caballos, 600 infantes y 3 piezas.

En el interrogatorio de Avellaneda publicado por Rosas en la *Gaceta Mercantil*, se lee lo siguiente:—«Se presentaron á Lavalle dos tucumanos y le dijeron, que la fuerza existente en el Monte Grande era solo una division compuesta de mil hombres de caballeria, y doscientos infantes con dos obuses, habiendo quedado el resto del ejército en la Capital; y que con esta noticia movió su campo para batir esta fuerza....»

15. Es un hecho averiguado que Oribe mandó de regalo á Manuelita Rosas las *orejas saladas* del coronel Borda, tomado prisionero en el combate de Famaillá, y degollado con otros muchos; y que esta señorita las mostraba como cosa muy curiosa á sus numerosos visitantes, colocadas en un plato sobre el piano de su salon. Oribe hizo la ofrenda á la hija para mejor congratular al padre. Hay en este refinamiento de adulacion de esclavo, no sé qué de mas bárbaro y villano todavia.

CANTO TERCERO.

1. Este malvado era Sandoval, hombre de baja esfera y sin educacion alguna, pero muy valiente. El general Lavalle lo hizo comandante de su escolta, motivo por el cual gozaba de cierta consideracion en el ejército.

2. Hé aquí la carta en que Sandoval comunica á Oribe el apresamiento de Avellaneda y sus compañeros. La copiamos del N.° 5456 de la *Gaceta Mercantil*, como tambien el parte de Oribe á Rosas.

Setiembre 26 de 1841.—Exmo. Sr. Presidente, general en jefe, Brigadier D. Manuel Oribe.—Con esta fecha he sorprendido al titulado general D. Marco Avellaneda, al coronel Vilela, al teniente coronel Suarez, al comandante Casas, al capitan Sauza y al capitan Espejo, y marcho con ellos al destino donde V. E. se halle. Intertanto espero que V. E. me ordene lo que he de hacer.

Exmo. Sr. Despues de dar este paso, espero el perdon. Yo, los oficiales y toda la tropa que me acompaña nos comprometemos á ayudar á V. E. á defender la causa de la Federacion hasta dar la última gota de sangre.

Hace fecha que con los oficiales y tropa que me acompañan hemos tenido intencion de pasarnos á donde V. E. estaba.

En el encuentro que tuvimos les he muerto al comandante Yacquez y al comandante Mansua, á un sargento mayor, un capitan y diez individuos de tropa.

El conductor de esta es el alferez D. Gerónimo Quevedo, con seis soldados y el vaqueano.—Dios guarde á V. E. muchos años.—*Gregorio Sandoval.*

El General en Jefe etc.—Al Exmo. Sr. Gobernador, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas.—Cuartel general en Metan, Octubre 3 de 1841.—Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. que el comandante D. Gregorio Sandoval (que lo fué de la escolta del salvaje unitario asesino Juan Lavalle), despues de haberme dirigido la carta que original acompaño, se me ha presentado en este campo con una fuerza compuesta del capitan D. Juan Jimenez, los tenientes D. Pedro Loisa, don Manuel Frutos, D. José Maria Morales, D. Jerónimo Jimenez, D. Pascual Heredia, los alfereces D. Modesto Llanos y D. Gre-

gorio Quevedo, ocho sargentos, ocho cabos y cincuenta y siete soldados, conduciendo presos á los salvajes unitarios Marco M. Avellaneda, titulado general gobernador del Tucuman, coronel titulado José Maria Vilela, comandante Lucio Casas, sargento mayor Gabriel Suarez, capitan José Espejo y teniente primero Leonardo Sauza, los cuales salvajes unitarios han sido al momento ejecutados en la *forma ordinaria*, á escepcion del salvaje unitario Avellaneda, à quien por añadir á esta calidad la de cómplice y uno de los promotores del horrible asesinato perpetrado en la persona del Exmo. Sr. General D. Alejandro Heredia, además de otros muchos crímenes, *le mandé cortar la cabeza que será colocada á la espectacion de los habitantes en la plaza piblica de la ciudad de Tucuman.*—Dios guarde á V. E. muchos años.—*Manuel Oribe.*

Con la misma fecha el infame Adeodato de Gondra, secretario de Ibarra, gobernador de Santiago, escribia á Rosas:—Santiago, Octubre 3 de 1841..... Ha caido el nunca bien ponderado salvaje unitario Avellaneda, principal asesino del finado ilustre general Heredia y autor de todos los males que han sufrido las provincias del Norte.—La vergonzosa asociacion de infames traidores que se llamó *Coalicion del Norte*, fué obra suya.

3. *Metan*—lugar de la provincia de Salta, atravesado por un pequeño rio del mismo nombre.

4. Oribe, despues de haber renunciado la presidencia del Estado Oriental, se asiló en Buenos-Aires. Rosas, campeon de la legitimidad de los gobiernos, continuó reconociéndole en el carácter de presidente legal, por cuyo motivo todos sus subordinados le llamaban Presidente.

5. El general Lavalle fué muerto de un balazo en una casa de los suburbios de Jujuí, por una partida de montoneros federales. Al saber Oribe su muerte, escribió al gobernador de Córdoba lo siguiente:—«Octubre 12 de 1841. He mandado

hacer activas pesquisas sobre el lugar en que está enterrado el cadáver de Lavalle, *para que le corten la cabeza y me la traigan.*»

La feroz osadía de Oribe quedó burlada. Algunos oficiales amigos, sospechando que los chacales buscarian el cadáver de su general, se lo habian llevado á Potosí, donde le dieron sepultura; la que custodiaron por algun tiempo.

6. Damos esta pequeña muestra del estilo federal burlesco, puesto en moda entre los suyos por Rosas, restaurador del arte de escribir como lo es de las leyes. La *Resvalosa*, es la sonata del deguello como lo indica la palabra misma: ella imita el movimiento del cuchillo sobre la garganta de la víctima y se canta y se baila á un tiempo. No se puede negar á Rosas y á los federales inventiva para llevar á perfeccion el arte del *deguello* y del *robo*.

La *Mas-horca*, es una sociedad de asesinos, ladrones y degolladores, formada y capitaneada por el mismo Rosas, Restaurador de las leyes. Dicha sociedad al constituirse, lo hizo bajo ese significativo nombre. La *Resvalosa* es invencion suya.

7. Rosas publicó en el número 5,456 de la *Gaceta Mercantil* un Interrogatorio hecho á Avellaneda el 3 de Octubre de 1841, en Metan, por Mariano Maza, con asistencia de un tal Luis Arguero como secretario. Este interrogatorio fuè evidentemente fraguado con la mira de echar sobre Avellaneda, cuando menos, una mancha de complicidad en el asesinato del gobernador Heredia, y de hacerlo aparecer débil y apocado en el momento supremo.

Lo que hay de cierto, referido por testigo ocular al general Madrid, es que á poco de llegar Avellaneda al campamento de Metan, y estando sentado entre las ruedas de una carreta, comiendo un puñado de maiz que le diera un soldado, se le presentó Maza, y empezó á hacerle preguntas en tono amable y familiar, á las que contestó Avellaneda con laconismo y aspereza; que apesar de esto Maza le brindó un *mate* que le traje-

ron, el que no aceptó Avellaneda, y continuó en sus preguntas; que volvió á ofrecerle con instancia otro *mate*, que fué igualmente rehusado; y que por último Maza se retiró de allí colérico y desconcertado. Avellaneda inmediatamente se reclinó sobre el pasto, y durmió hasta tanto vinieron á despertarlo para llevarlo al suplicio.

8. Este hecho fué referido al general Madrid por el mismo individuo que le relató el anterior.

9. *Marco Maria Avellaneda* fué degollado en Metan por órden de Oribe el 3 de Octubre de 1841, á los veinte y siete años de edad, y su cabeza clavada en una picota en la plaza de Tucuman. De la piel de su cadáver, descuartizado y colgado en los árboles contiguos al campamento de Metan, mandó hacer Oribe unas vergas y un *rebenque* que envió de regalo á Rosas. Los habitantes que pasasen por la plaza donde estaba la cabeza del mártir, debian detenerse á mirarla un rato de hito en hito. A los que por distraccion ó mala voluntad no cumplian la órden, los soldados que la custodiaban les caian encima de improviso, y los azotaban con las vergas hechas de la piel de Avellaneda, esclamando á risotadas:—«Esta es del cuero de tu Gobernador.»